

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## RECUERDOS DE LA LOMBARDIA.

### EL PALACIO DEL DIABLO.

(Crónica del siglo X.)

I.

#### LAS AUDIENCIAS DEL REINO.

En un hermoso día de verano del año de gracia 951, salió de Placencia al rayar el alba una brillante cabalgata, y se dirigió al trote corto hacia Pavia, para asistir a los tribunales del reino, convocados por Othon el Grande, rey de Germania.

A la cabeza de aquel grupo marchaban doce enviados del monarca. Volvían de la fortaleza de Canossa (1) a donde habían ido a libertar de un largo sitio a la reina Isabel, viuda de Lotario, hijo de Hugo, rey de los lombardos. Aquella noble víctima de la ambición de Berengario, regente del reino, y luego rey, cabalgaba en medio de ellos, entre Attono, su más celoso defensor, y el obispo de Pavia.

Seguían después los condes, duques y marqueses de muchas diócesis, con sus escuderos y *arimanni* (2); sus hombres de *masnada* (3) cerraban la marcha.

Todos los nobles llevaban yelmo, coraza, brazalete, escarcelas, espada y lanza, todo muy limpio y reluciente, y más ó menos adornado con incrustaciones de oro.

Los *arimanni* y los hombres de *masnada* llevaban collar, coraza, casco, botines de hierro, lanza, espada, puñal, hacha, y un escudo bastante grande.

El golpe de vista que presentaban era imponente; el sol lanzaba de lleno sus rayos sobre aquellos escudos de acero, que los reflejaban con la misma fuerza que hubieran rechazado la flecha de un infante en lo más recio de la pelea.

A algunas millas de Placencia, las filas de la primera columna fueron rompiéndose poco a poco, y la cabalgata, sin desordenarse completamente, se organizó en pequeños grupos de dos, tres y cuatro caballeros, y una conversacion animada reemplazó al silencio que hasta entonces habían guardado.

Un hermoso caballero de talla alta y esbelta, y de modales menos rudos que los de su época, de rostro apacible y varonil al mismo tiempo, detuvo su caballo, y aguardó que llegase la fila de los *arimanni*. Era Adalberto, hijo de Milon, conde de Verona.

—Conrado, dijo cuando aquellos hombres pasaron junto a él: y el vasallo acudió al llamamiento de su señor (4).

—Y bien, mi antiguo amigo, preguntó el joven caballero, ¿estás contento con haber escapado de esa maldita prision en donde hemos estado encerrados tres años?

—Por el alma de Albuino!... (5) ahora me parece que tengo tres años menos. Bendito sea el emperador que nos ha sacado de allí... Yo creo que ese romano (6) de Berengario nos hubiera tenido encerrados en aquellas bóvedas un siglo.

—Tres años!... dijo Adalberto suspirando: tres años sin verla y sin tener noticias suyas...

—Por lo que hace a verla, creo que vendrá después de la consagración: en cuanto a noticias, yo las tengo monseñor, y por muy buen conducto, contestó el viejo *arimanno* sumamente gozoso, dejando caer las bridas

(1) Castillo célebre perteneciente a la familia de la famosa condesa Matilde, que recibió allí al emperador Enrique IV y al papa Gregorio VII, con objeto de reconciliarlos. Después de la muerte de la condesa, la familia Canossa recibió la investidura de aquel castillo, y de otros cuatro agregados.

(2) *Arimanni*, del alemán *Heermann*, hombre de los ejércitos. Eran hombres de condicion libre, que cultivaban las tierras de algún señor sin que por esto estuviesen sujetos a ninguna servidumbre humillante. Al contrario, eran los únicos habitantes de los campos que estaban obligados a asistir a los tribunales de los condes, y seguían a su señor a las batallas.

(3) Hombres de *masnada*, de *masseni*, antigua palabra toscana, que quiere decir compañía. Recibían de un hidalgo una porción de terreno, que poseían por enfiteusis militar. Pagaban por eso un cañon, y además estaban obligados a seguir a su señor cuantas veces se veía precisado a empuñar las armas. (Muratori, disertacion XIV.)

(4) Los nobles tenían todavía en tiempo del sistema feudal una doble dependencia. Eran vasallos directos de los condes y duques, y además de los reyes. Sus placeres eran las armas y la caza, y en eso consistía todo su lujo. Sismondi, *Historia de la república y de la edad media*, tomo I.º, cap. II, pag. 7.

(5) Primer rey lombardo.

(6) «Nosotros los lombardos, como los sajones, lorenenses, francos, bávaros, suevos y borgoñones, despreciamos mucho el nombre romano; en nuestra cólera, no creemos hacer a nuestros enemigos mayor injuria que llamarlos *romanos*; porque bajo este solo nombre comprendemos lo más innoble, cobarde, avaro, lujurioso, mentiroso, y en fin, todos los vicios.» Luitprando, *in Legatione*, tomo II, pag. 481. (Luitprando, obispo de Cremona, era lombardo de origen.)

TOMO III.

sobre el cuello de su caballo para restregarse las manos.

—¿Es cierto eso? exclamó el joven señor.

—Esta noche he hablado con uno de los *schulteiss* (1) del conde y he sabido que *ella* sigue bien, y que piensa en vos...

Adalberto frunció las cejas, fijó los ojos en su vasallo, y le dijo con tono de reprension:

—Mientes a tu señor, Conrado y eso es malo, muy malo.

—¡Dios me libre! monseñor.

—Conrado... replicó Adalberto con tono severo: y después continuó con más dulzura: ¿eres tu Conrado, que Isabel pueda confiar sus secretos a un *schulteiss*?

—Seguramente que no: pero puede confiarlos muy bien a su nodriza, que es la muger del que me lo ha referido.

—¡Ah! eso es muy diferente.

—Pero hay otra cosa que me ha participado el *schulteiss* y que no lo ha sabido por su muger.

—¿Y qué es?... preguntó el joven esforzándose en disimular la curiosidad de que se encontraba poseído.

—Mi amigo es muy apreciado de monseñor el conde, y parece que este ha descubierto los secretos de la señora de vuestros pensamientos, y que quiere haceros felices.

Este coloquio fué interrumpido por un escudero, que fué a buscar a Adalberto de parte de Adelaida.

Adalberto, señor de Suismantium, (2) con motivo de un torneo, celebrado en muy mala poesía italiana

lla época de ignorancia no había correspondencia posible entre dos amantes. Los nobles que celebraban algún contrato, hacían que le redactase su notario, el cual certificaba, con el cartulario, que las señales de cruz colocadas al pie del acta, habían sido hechas a presencia suya, por las partes contratantes. Forzoso le fué pues al señor de Suismantium, contentarse con miradas muy elocuentes, a las cuales Isabel contestó con tiernas sonrisas. Bien formó en lo íntimo de su corazón el proyecto de ir cuanto antes a Mantua, en donde hubiera sido muy bien recibido por el conde, amigo íntimo de su padre Milon: pero los acontecimientos políticos retrasaron durante seis años aquel viaje tan deseado, sin extinguir sin embargo en el corazón de los dos amantes, el recuerdo del torneo de Verona.

Después de la muerte civil de Carlos el Gordo, que perdió en un momento lo que Carlo-Magno había acumulado con tantas victorias: después que el arzobispo de Maguncia dió un canonigo al último rey de la raza Carolingia como una limosna para que no se muriese de hambre, los lombardos, que como los demás súbditos del rey de Francia, habían aprovechado aquella ocasión para sacudir el yugo, convocaron la asamblea de los tribunales del reino, y dieron la corona de Italia a Berengario, hijo de Eberardo, duque de Friuli, y de Gisela, hija de Luis el Benigno, en el mismo año 888, que fué el en que ocurrió la desgracia de Carlos el Gordo.

Berengario reinó mas bien como padre que como dueño absoluto, y combatió con valentía a los húngaros y sarracenos que infestaban la Italia: aquellos bárbaros,



por Aliprando Aliprandi en su *Crónica de Mantua*, había visto en Verona, a la hija del conde de aquella ciudad (3) y se había enamorado perdidamente. En aque-

(1) Regidores, *Scabini*. Los reyes de Francia han usado con preferencia el nombre de *Scabini* ó de *Schæppen*, y los lombardos el de *Sculdaci* y *Schulteiss*. Aquellos regidores formaban la magistratura de las ciudades, eran nombrados por el conde, a quien seguían a las sesiones de los tribunales del reino, entre los vecinos, cuyo nombramiento confirmaban después los ciudadanos. Sismondi, *Historia de las repúblicas*, tomo I, capítulo II, pag. 70.

(2) Probablemente *Bismantova*, pueblecito situado en las cercanías de Correggio, que en la edad media poseía un castillo, construido sobre un enorme peñasco, de que habla el Dante en el canto IV del *Purgatorio*.

Montasi su Bismantova in cacume  
 Con esso i pie, ma qui convien ch' nom voli.

(3) En el gobierno de los Carolingios, muchas familias ducales al extinguirse, habían dejado el puesto a otro orden de alta nobleza, el de los condes. Estos gobernaban las ciudades como representantes del rey. En la carta de su creación declaraba el monarca, que reconociendo el amor de N. a la jus-

que a la vista misma de Carlo-Magno, tuvieron la osadía de fortificarse en Frassineto, cerca de Niza, en las fronteras de la Liguria y de la Provenza, para saquear el Piamonte (4). Fué clemente, bueno, confiado, y sus buenas cualidades le hicieron perder la vida. En 945, fué nombrado emperador.

Algunos señores de su reino a quienes había colmado de beneficios, conspiraron contra su existencia. Sabedor de aquella trama el emperador, marchó contra Rodolfo, rey de la Borgoña trasjurana, que debía pasar a Italia para reemplazarle en el trono de los lombardos: le derrotó completamente; devolvió la libertad a

ticia, le confiaba tal ciudad con encargo de guardar a la corona constante fidelidad, de juzgar a todos los hombres sometidos a su gobierno, de cualquiera nación que fuesen, según las leyes y costumbres: de proteger a las viudas y huérfanos, perseguir a los delincuentes, y de entregar al fisco los impuestos que le correspondían. Los condes tenían además la obligación de conducir a la guerra las milicias de la ciudad que gobernaban.

(1) Luitprando, *Historia*, lib. 4.º, pag. 423, año 891 a 893

los conspiradores que habían sido hechos prisioneros por una partida de húngaros á su sueldo, y después se retiró á su ciudad de Verona, que frecuentemente le había servido de refugio. Los conjurados le persiguieron allí, y comprometieron á uno llamado Flamberto, noble veronés, y á quien el emperador había tenido un hijo en la pila bautismal, para que aprovechando su intimidad con Berengario, le asesinase.

Advertido de la nueva conspiración aquel monarca generoso, mandó llamar á Flamberto, y le hizo sentir la ingratitud de que se había hecho culpable, la enormidad del crimen que se había encargado de cometer, y alargándole en seguida una copa de oro de un trabajo inmenso, le dijo:

«Que esta copa sea entre nosotros prenda del olvido de vuestra falta, y de vuestra vuelta á la virtud. Tomadla y acordaos de que el emperador es el padrino de vuestro hijo.»

A la mañana siguiente, en el momento en que Berengario iba á misa, Flamberto le salió al encuentro acompañado de hombres armados, italianos y húngaros, y aparentando querer abrazar al emperador, le dió varias puñaladas cobardemente.

Flamberto, sin embargo, no recogió el fruto de su crimen. Milon, conde de Verona, llegó al teatro de aquel espantoso drama, demasiado tarde, en verdad, para salvar al mas grande de los emperadores italianos pero bastante pronto para hacer pedazos al asesino y sus secuaces (1).

Aquella muerte prematura dejó sin jefe á los italianos en 924. Un interregno de dos años, precedió á la dominación de un tirano. Hugo, duque de Provenza, fué preferido á Rodolfo de Borgoña, que había salido á la palestra, y subió al trono de los lombardos (2). El reinado de Hugo fué la antítesis perfecta del de su predecesor. Berengario había echado á los bárbaros. Hugo los estableció en su reino, y autorizó sus depredaciones, para crearse unos soldados adictos. Berengario había protegido la propiedad de sus vasallos. Hugo la atropelló en ignominia. Berengario hizo la felicidad de su pueblo. Hugo fué el tirano de los lombardos.

Hacia el año 940, de todos los feudatarios italianos, no quedaba ya mas que uno que conservase la herencia de sus padres: era Berengario, marqués de Ivrea, nieto del emperador del mismo nombre. Ermengarda, madrestra del marqués, era hermana de Hugo y había contribuido eficazmente á que le concediesen la corona. Por consideraciones á ella, y confiando en la juventud de Berengario, Hugo le dejó vivir, y le permitió que gobernase á Ivrea. Mas cuando vió que los italianos miraban á aquel joven señor, como el único libertador que podían esperar, el rey mandó que le sacasen los ojos, y le robasen á Guilla, su esposa, cuya preñez estaba ya muy adelantada. Advertidos de aquel peligro, los dos esposos tomaron la fuga por las gargantas del San Bernardo, que Hugo creía cerradas por las nevadas de un invierno rigoroso, y fueron á refugiarse á la corte de Othon el Grande, hijo de Enrique el Pajarero, rey de Germania. Othon los recibió muy bien, y sin auxiliarlos abiertamente, los permitió que reuniesen á los descontentos italianos, y les dejó que hiciesen todos los preparativos necesarios para arrojar del trono á su perseguidor.

Así es, que Berengario volvió á Italia en 945 al frente de un pequeño ejército, que se aumentó en Lombardia á cada fortaleza por delante de la cual pasaba, y en las que era recibido con aclamaciones de júbilo.

Como el descontento del pueblo era general, Hugo no se atrevió á marchar al encuentro del marqués de Ivrea, y éste convocó la asamblea de los tribunales del reino en Milan, para que fuesen árbitros entre él y su rival. La decisión de los nobles, repuestos por fin en su soberanía, fué no obstante generosa y conciliadora. Lotario, hijo de Hugo, debía ser nombrado rey en lugar de su padre, y Berengario regente del reino (3).

Celoso entonces el marqués de Ivrea de Lotario, á quien el pueblo no tenía motivo para aborrecer como á Hugo, le hizo envenenar, segun se supone (4), usurpó el título de rey, y pidió para su hijo la mano de la viuda de su víctima, muger dotada de cualidades eminentes, y para quien el afecto de los italianos rayaba en adoración. Habiendo rehusado Adelaida, la persiguió abiertamente, y la hizo encerrar en un castillo, á orillas del lago de Garda.

Durante la prisión de la reina, los vasallos fieles á la memoria de su marido, hicieron toda clase de tentativas para libertarla. De este número era el conde de Verona, y empleó á su hijo en aquella santa misión: mas cuando Adelaida consiguió escapar de su encierro, y se refugió en el castillo de Canossa, Adalberto la siguió por orden de su padre, y bajo el mando del intrépido y fiel Attono, la defendió en aquella fortaleza por espacio de tres años, á pesar de sus ardientes deseos por volver á ver á la hermosa condesa del torneo de Verona.

Sin embargo, indignado el pueblo de la infame conducta de su nuevo rey, siguió el ejemplo de Adalberto, y por mediación de Valperto de Médici, arzobispo de Milan, se dirigió á Othon el Grande, pidiéndole auxilio y protección. El valiente monarca corrió á Italia, y su primer cuidado fué hacer levantar el sitio de Canossa y ofrecer su mano á Adelaida, para que partiese con él la corona de Italia que los lombardos acababan de hacerle aceptar.

Bajo estos auspicios, la viuda de Lotario se dirigía á Pavia con una comitiva tan numerosa.

Cuando Adalberto estuvo á su lado

—Esforzado y valiente guerrero, le dijo Adelaida, habeis combatido tres años por una viuda perseguida: ahora que esta viuda va á ser reina de los lombardos, ¿no la será posible manifestaros su reconocimiento mas que con vanas palabras?... ¿Qué puede hacer por vos? decid, señor de Suismantium.

El joven guerrero bajó la cabeza y no se atrevió á contestar.

—Hablad con franqueza, Adalberto, en Canossa no erais tan tímido.

—Es que en Canossa cuplia con mi deber, señora, y no creia ganar un premio.... respondió alzando con orgullo su noble frente.

—Me comprendéis muy mal, Adalberto: no es el premio de vuestros servicios lo que os ofrezco, sino un testimonio público de mi gratitud.

—¡Oh! señora, exclamó el hijo del conde de Verona, agarrando la mano de la reina que llevó respetuosamente á sus labios.

—Hémos ya reconciliados, dijo Adelaida sonriéndose. Ahora, añadió, ya os escucho.

Adalberto echó una mirada al obispo de Pavia, y á Attono, como si hubiese querido decir á la reina: esos testigos nos incomodan.

Adelaida comprendió aquella súplica. avivó el paso de su caballo, y dijo al joven que había imitado su ejemplo:

—Hablemos vulgarmente (1). Esos no nos comprenderán, añadió señalando á los enviados de Othon.

Hasta entonces habían hablado el latin bárbaro que se usaba en aquella época, y que todo noble comprendía: siguiendo su conversacion en lenguaje vulgar, llamado así tal vez porque le usaba exclusivamente el pueblo, estaban seguros de que no los entendian los nobles germanos.

—Durante los tres años que el deber mas sagrado, me ha detenido en Canossa, no sentia verme lejos de mi patria, de mis amigos y de mis parientes, porque tenia noticias de ellos: lo que me traia mas apesadumbrado, era la señora de mis pensamientos. Para concederme un favor inapreciable, mi reina no tendria mas que compadecerse de mi amor.

—La reina de los lombardos ama ya á la reina de vuestro corazón, aunque no la conoce.

—Es la hija del conde de Mantua, señora.

—Será vuestra esposa, Adalberto: el conde nos sigue á Pavia, y el rey le pedirá para vos la mano de Isabel.

—Gracias, señora, gracias.

—Reunámonos con nuestros buenos amigos, y dejemos el lenguaje vulgar, para nuestros aldeanos.

Sin embargo, Conrado que al ver alejarse á su señor había vuelto á ocupar su puesto en las filas, era interpelado de este modo por uno de los arimanni del obispo de Pavia:

—¿Tenemos noticias del Mediodía, Conrado?

—¿Cómo?... no habeis oido hablar del tratado concluido entre Rodelgiso y Sinocolfo.

—No.

—Pues sabed que el duque de Espoleto, después de enriquecerse á expensas de los dos rivales se ha dignado unirse al emperador para tratar de reconciliarlos. La mitad del reino ha aplacado el rencor de cada pretendiente. Se he concluido la paz, y los sicilianos, de aquí en adelante tendrán dos reyes en vez de uno.

—No tendrán que culpar mas que á si mismos.... Vos sois feliz porque mas bien sois el amo que el vasallo de vuestro señor. No me sucede á mi eso.... van y vienen pergaminos al palacio, y no sabemos mas.... ¡los obispos son demasiado poderosos para rebajarse hasta el punto de hablar á los arimanni.... pero los castellanos!

—¡Alabada sea la Santísima Virgen!.... puedo felicitar me de ser el vasallo del señor de Suismantium.... Sin embargo, tambien tengo mis alternativas.

—¿Vos!....

—Si, yo.... Mirad, amo á mi señor como si fuese mi propio hijo.... Es tan bueno.... en fin, le quiero mucho.

—Yo no veo....

—Es por que vos no sabeis que está enamorado de una noble condesa, y tengo la convicción de que la obtendrá bien pronto en matrimonio.

—¡Tanto mejor, por San Pedro!....

—¡Tanto peor, por todos los demonios?....

—No os entiendo.

—Pues no veis que una vez casado será preciso que vaya á habitar en sus estados con su esposa.

—Bien, luego.

—¡Luego! ¡luego! ¡ah! es muy justo: soy un viejo

(1) Es bastante extraño, dice Sismondi, (Historia de las repúblicas, tomo I, cap. VI, pag. 278), que no nos haya quedado ningun monumento del lenguaje que hablaba el pueblo en Italia hasta fin del siglo X. El sabio Muratori ha registrado con infatigable paciencia todos los archivos antiguos, y los papeles de familias y comunidades, sin que le haya sido posible encontrar un solo escrito en el lenguaje que llamaban vulgar etc.... Confesamos que esto no nos parece extraño. El lenguaje vulgar solo le hablaba el pueblo, y éste no sabia escribir. Los nobles tampoco sabian. Los únicos que podian servirse de la pluma, eran los notarios, escribanos y regidores ó schulteis, únicos que redactaban las actas y escribian cartas. Las actas debian escribirse en latin, y las cartas en el mismo idioma ó en tudesco: un noble jamás hubiera escrito á otro con el lenguaje del pueblo: ¿quién, pues, habia de dejar documentos de este lenguaje, que produjo en el siglo XII el hermoso idioma del Danto?

loco. Vos no podeis tener noticia de la muger de fue-go.... me parecia que estaba hablando á un hombre del feudo.... No podeis saber que riesgos amenazan á mi señor si se vá Suismantium.

—¿Peligros?

—Y muy graves, sobrenaturales, tales en una palabra que destruirian para siempre su felicidad.

Como acababan de entrar en Pavia, se vieron obligados á interrumpir su diálogo.

Adelaida marchó al palacio que la tenian destinado, acompañada del obispo, Attono, y los enviados germanos. Los demás nobles y los arimanni fueron á la plaza situada al frente al tribunal de los reyes lombardos, en donde estaban ya reunidos los estados.

Aquel inmenso cuadro, del que la fachada del tribunal ocupaba todo un lado, estaba guarnecido de bancos mas ó menos ricamente adornados, segun la condicion de las personas que los debian ocupar. Tapices de Persia habian hecho desaparecer las baldosas del pavimento. Colgaduras compradas en Venecia, la reina del comercio, pendian de todas las ventanas y balcones. En el centro de la plaza se elevaba una capilla en forma de pabellon, delante de la cual estaba el asiento destinado para el rey, con un dosel por encima de damasco con franja de oro; el alto clero del reino con sus vestiduras eclesiásticas, estaba colocado al derredor. En el resto de la plaza solo se veian millares de armaduras.

Los enviados de las cortes extranjeras, todos los duques, condes, marqueses, los señores feudatarios del reino, los jueces del sacro palacio, los jueces del emperador, todos los schulteis y arimanni de Italia, y un gran número de escribanos y juriconsultos, componian aquella imponente asamblea.

Solo los arimanni no tenian voz deliberativa, aunque estaban obligados á asistir á las sesiones (1).

Comenzóse por adoptar medidas acerca del statu quo del reino, y depusieron al rey Berengario.

Luego, después de oír la misa, que dijo el arzobispo de Milan en el pabellon del centro, se procedió á la eleccion del nuevo rey. Todos los votos los obtuvo Othon el Grande, por que aquella asamblea no era mas que una confirmacion de la que Valperto habia convocado en Milan, antes de llamar á Italia al hijo de Enrique el Pajarero.

Entonces el rey de Germania se sentó debajo del dosel en señal de asentimiento, y pronunció el juramento de los reyes lombardos, «de respetar los derechos de todos, administrar justicia, atender á los pobres y reprimir á los soldados.» Después se extendió el acta de eleccion que concluia con estas palabras:

«Y como el glorioso rey Othon el Grande, se ha dignado prometernos que observará todas las condiciones ya referidas, cuyo cumplimiento nos es muy necesario, y que con ayuda de Dios cuidará de nuestra salud y de la suya, hemos convenido todos en elegirle por nuestro rey, señor y defensor, obligándonos á ayudarle con todo nuestro poder en su ministerio real, para su conservación y la del reino (2).»

Levantóse en seguida la sesion, comenzaron los públicos festejos, y algunos dias después se reunió la misma asamblea en la iglesia de San Ambrosio de Milan.

Esta hermosa basilica, cuyo pórtico y puertas con bajo-relieves, eran debidos al siglo anterior, como tambien los ricos adornos de plata sobredorada incrustados de pedrería del altar mayor, y los hermosos mosaicos del coro, esta hermosa basilica, decimos, estaba entonces dividida en dos por una pared, en la cual se habian abierto tres puertas muy grandes. Al lado del coro se colocó todo el clero, y en el otro cuantos caballeros podia contener. La gran plaza que habia al frente de la fachada de la iglesia, estaba llena de nobles, guerreros y hombres libres.

En cuanto llegó á aquella antigua metrópoli, el rey puso en el altar de San Ambrosio todos sus adornos reales: la lanza, cuya hoja habia sido forjada con un clavo de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo: la espada real, la hacha ó francisca, el tabali y la clamide imperial: después ayudó á misa vestido como un subdiácono, mientras que el clero, el arzobispo de Milan celebrante, solemnizaba los misterios segun el rito ambrosiano. Concluida la misa, Valperto dirigió á los duques, condes y marqueses presentes á la consagración, un discurso en honor del rey. En seguida ungió á Othon con el óleo santo, le devolvió los vestidos y armas colocados sobre el altar, y después le puso en la cabeza la diadema de los reyes lombardos (3), aquella diadema con que en el siglo XVI fué coronado Carlos V en Bologna, y mas recientemente el emperador Napoleon en Milan.

En cuanto se concluyó la ceremonia, el rey tuvo un coloquio con el conde de Mantua, que una hora después, saludó con el nombre de hijo al señor de Suismantium.

## RESEÑA SOBRE EL ORIGEN DEL TEATRO INGLES.

La poesia dramática, lo mismo en Inglaterra que en otras naciones de Europa, debe su origen á aquellas

(1) Murat. Antiq. Ital. Disert. XXXI, tomo II, pág. 938.  
(2) Landulpi senioris Mediolanensis. Historia. Rev. Ital. tom. IV, pág. 79, lib. II, cap. XVI.  
(3) Synodus Ticinensis pro electione seu confirmatione, Wladislaus regem Italiae, año 897. Rev. Ital. tomo II, pág. 116, cap. II.

lemnidades religiosas, que en la edad media se celebraban en las festividades mas notables. Estas se designaban con el nombre de misterios ó milagros, segun que procediesen, ora de las sagradas escrituras, ora de las vidas de los santos; pero generalmente se llamaron misterios, porque comprendian las mas veces objetos misteriosos.

Si los ingleses fuesen dados á lisonjearse con una vana precedencia, podian, con mucha razon, pretender haber tenido espectáculos, tal vez primero que otras naciones de Europa, porque pueden buscar el origen de sus misterios ó milagros, desde el principio del siglo XII. En el año de 1110, se representó en Dunbar una de esas farsas religiosas bajo el título de *Santa Catalina*. Estos misterios ó milagros, no eran menos absurdos que los que antiguamente se celebraban en Francia bajo el nombre de los misterios del Burro y de los Locos. En 1327, en Chester se representó el misterio de *Adán y Eva*; ambos aparecieron desnudos en el teatro, hablando acerca de su desnudez; y en una escena, despues de haber gustado el fruto prohibido, se cubrian con hojas de higuera, cuyo espectáculo al natural se verificó delante de un numeroso auditorio, que veia y escuchaba con grave y decorosa compostura. Tales misterios tuvieron su principio en los conventos de los frailes, como poseedores de la instruccion en aquella época; de allí se difundió á las universidades, y luego á las escuelas. Se representaban, por lo regular en las iglesias, con el canto y el órgano, y eran tan frecuentes, que en el reinado de Enrique VIII, el obispo de Londres (1542), las prohibió en las iglesias de su diócesis. Semejantes farsas, necesitaban con frecuencia accesorios y caracteres alegóricos, como la Caridad, el Pecado, la Muerte, la Esperanza y la Fé; y así es que entes fantásticos constituían la poesia dramática de entonces.... De ahí es que se llenaron los misterios de semejantes personajes ideales, y crearon una segunda clase de espectáculos que precedieron á la introduccion del drama, y á estas diversiones se titularon recreaciones morales.

Estas se representaban con grupos de virtudes y vicios personificados, se tegian ó tramaban con mas artificio y arte dramático que los misterios. Ademas de contribuir al desarrollo del drama arraigaron mucho mas el gusto nacional con la poesia alegórica. Los misterios carecian en un principio de toda invencion y unidad, y comprendian servil y literalmente la historia sagrada y las leyendas, al paso que las recreaciones morales pudieron llamarse los preludios del drama, desahogado que se empezó á percibir en ellos cierta forma de enlace teatral, y alguno que otro bosquejo de caracteres, y cuadros de costumbres. De modo que algunos críticos las reputan como el tipo de las tragedias históricas inglesas: estaban tambien escritas en verso. Otro origen del drama se debe buscar en los pomposos espectáculos que solian celebrar con motivo de la vuelta triunfal de un príncipe, su casamiento, ó su entrada en alguna ciudad de su tránsito. En un principio no comprendian mas que hechos aislados de la historia sagrada, representados por medio de personajes mudos, y al sonido de algunos instrumentos de música, por cuyo motivo se llamaron pompas mudas. Despues cuando se empezó á estudiar la literatura antigua, á estos cuadros sagrados siguieron cuadros y pantomimas mitológicas y alegóricas. Finalmente, los personajes introducidos, á veces dialogaban ó relataban cumplimientos en verso. En su consecuencia, estos espectáculos influyeron, no solo para contribuir al desarrollo de la contestura del drama, sino tambien para vigorizar el buen gusto hacia la poesia alegórica, á desviar al público de las justas, y torneos á fin de atraerle á mas delicado entretenimiento. Los espectáculos ingleses (porque todavia no merecian el título de dramas) durante todo el siglo XIV, parece que se redujeron únicamente á objetos religiosos, no apareciendo hasta ahora dato alguno que nos revele la época de alguna representacion trágica ó cómica en Inglaterra con un argumento profano. La corte fué la primera que se desvió de esa especie de espectáculos con argumentos religiosos para buscar nuevas emociones y nuevos recreos. Hay fundamento para dudar, si en la corte existieron en el siglo XIV mimicos, que en alguna fiesta como en la Noche Buena, representasen mascaradas mezcladas de diálogos y pantomimas; pero puede afirmarse, que á fines del siglo XV (1489), ademas de las antiguas mascaradas se celebraban en la corte fiestas profanas por medio de mimicos contratados, así como está igualmente averiguado que en los colegios de los estudiantes de leyes en Londres, fué costumbre hasta principios del siglo XV representar mascaradas, ó interlocuciones llamadas tambien espectáculos, en que comprendian algun hecho mitológico, mezclado de música, poesia, y que se vestia la escena con trages adecuados.

Estas interlocuciones se adoptaron en el siglo siguiente en las universidades de Oxford y Cambridge; desde allí pasaron con algunas reformas clásicas á los teatros que se erigieron en Londres, y tambien luego que los misterios se suprimieron por la reforma; y entonces las recreaciones morales cedieron su lugar á las tragedias, cuyas mascaradas invadieron la poesia escénica á punto de preferirse á los dramas de Shakespeare bajo Jacobo I, durando hasta la época de Milton; Cosmo, se puede considerar como la última composicion de este género. Los espectáculos hasta aquí mencionados, de seguro debieron guiar el gusto del público á reglas teatrales mas perfeccionadas. Pero no se les puede juzgar como el único origen del teatro moderno.

Este es deudor de su existencia, mas bien al hallazgo y estudio del teatro antiguo. Sin el descubrimiento de las reglas antiguas ¿quién sabe cuánto tiempo todavia el teatro se hubiese estacionado para llegar al drama verdadero?... ¿y quién sabe tambien cuánto tiempo aquellos primeros vástagos hubiesen quedado inertes antes de germinar?... Mientras que la aparicion de la erudicion antigua fué el aura benéfica que dió impulso á este arte todavia informe.... Luego que Plauto, Terencio y Séneca fueron conocidos bastante, nació el deseo de ver representadas sus obras, en vez de la moralidades y pantomimas. Satisfecha una vez esta curiosidad, nació el deseo de la imitacion, y á esta sucedió bien pronto la invencion libre. Sin la antecedente predisposicion á las farsas religiosas ó mitológicas, por faltas de otras, y de actores adiestrados, las obras antiguas se hubiesen estacionado largo tiempo posterior á su descubrimiento sin reglas, y despues sin imitacion. Por otra parte sin las reglas del teatro antiguo ¿cuánto tiempo hubiera pasado antes que naciese de los misterios la comedia moderna? Podemos decir con justicia, que los modernos perfeccionaron el gusto, y dieron ocasion á las diversiones teatrales y los antiguos suministraron las reglas y el mejoramiento. Entre las primeras representaciones de que se tiene noticia, cuéntase una comedia de Plauto en latin representada en el palacio de Greenwich delante de Enrique VIII. En las universidades de Oxford y Cambridge se introdujo no mucho tiempo despues el uso de recitar comedias y tragedias latinas. En ambas universidades un capítulo de los estatutos del año 1546 intitulado: «De praefecto ludorum qui imperata diata.» Exigia, que bajo la direccion del prefecto se debía en las fiestas de Noche Buena representar comedias y tragedias latinas. En 1564, cuando la reina Isabel visitó la universidad de Cambridge, se recitó la *Aulularia* de Plauto, y en otra visita de la misma reina, en el 1566 á la universidad de Oxford tambien se representó otra comedia latina.

El ejemplo fué seguido por los demas colegios, y escuelas de menos categoria. Este uso ha subsistido hasta nuestros dias en la escuela de Wetsminster, á donde se representa todos los años por aquellos alumnos una comedia de Terencio. No trascurrió mucho tiempo sin que junto á estas recitaciones latinas se hiciesen muchas composiciones en lengua vulgar. Se asegura que en 1527 se representó en el palacio de Gray (*Gray's Inn*) una comedia en lengua inglesa compuesta por un estudiante llamado Juan Roos. Se cita á menudo como el primer escritor de comedias en lengua inglesa á Juan Meyrrood, poeta epigramático, cuyas poesias agradaban mucho á Enrique VIII. Pero sus pretendidas comedias, escritas la mayor parte en 1534, despojadas de dotes cómicas y de caracteres, y de argumentos triviales, y escritas en un estilo obscuro, deben numerarse mas bien entre las interlocuciones y farsas que entre las verdaderas comedias.

Entre estas y muchas otras tentativas cómicas se distingue solamente una comedia escrita en lengua inglesa. Esta es *La aguja de mamá Gurton*, cuyo autor no se conoce; tiene mucha vis cómica, aunque baja y obscena; así se vé como en Inglaterra y otras partes siempre la comedia precedió á la tragedia. En 1560, fueron traducidas algunas tragedias de Séneca que probablemente habrán sido tambien representadas. Pero el primer ensayo en lengua inglesa con una diccion heroica, escrita en verso, honrada de los críticos ingleses con el nombre de su primera tragedia es *Gordabue ó Terreso y Pareso*, de Tomás Cackville. Este poeta ministro, sugirió el nuevo género de la tragedia histórica á sus compatriotas, y quiso tambien dar un ejemplo no desgraciado y ser el primero en escribir una tragedia en versos libres y relativa á un hecho de la historia de su patria. Por el homenaje que siempre se debe tributar al verdadero ingenio hubiera adicionado de buena gana un breve analisis de esta tragedia, si me lo hubiese permitido los límites de este periódico. La segunda tragedia fué la *Yocasta* de Jorge Cascoigne, Francisco Rinnelmeroh, representada en el palacio de Gray en 1566. No es una verdadera traduccion de la *Yocasta* de Eurípides, sino mas bien una paráfrasis y un compendio de aquella: al principio de cada acto habia una pompa muda, para complacer al auditorio, todavia dado al espectáculo, y un coro al fin de cada acto.

Tancredo y Gismunda fué otra tragedia con coros representada en presencia de la reina Isabel en otro colegio de abogados (*Suner's Temple*) en 1568. Y algunos años despues Jorge Peel publicó una tragedia tambien en versos libres, *David y Bethsabé*. Prolijo y fastidioso seria formar un catálogo, así de las comedias como de las tragedias compuestas en la última mitad de aquel siglo, y mas difícil todavia por haberse perdido ó destruido un gran número de ellas. En el período que media desde 1561 á 1590 se han numerado nada menos que veinte poetas dramáticos. Se sabe que el teatro gozó de tanto favor, que acostumbraron los magnates á tener cómicos á su servicio, y se concedió licencia para recitar en el reino. Durante el reinado de Isabel se contaron quince compañías cómicas. La primera de estas compañías regulares fué la del conde de Leicester, establecida en 1574. Antes que por las compañías mercenarias las recitaciones se hacian por los jóvenes cantores contratados en la capilla de la reina y en las catedrales, ó por los estudiantes de leyes. Pero al fin tambien el público quiso participar de este placer, tal vez el mas inocente y útil inventado por lujo. A principios del reinado de Isabel se convirtieron tem-

poralmente en teatros los patios de algunos edificios (todavia existentes) en la ciudad de Londres.

Hacia el año de 1570, se erigieron dos teatros, y aunque no se abrieron mas que siete á la vez desde 1570 á 1630, se construyeron ó adoptaron diez y siete mas. Los puritanos, enemigos acérrimos de la risa, vituperaron las diversiones teatrales, llamándolas infiernos, casas de corrupcion, capillas del demonio, calificando hasta la música en las iglesias por aullidos del diablo, y llegó á tal punto su fanatismo por las reglas severas de Ginebra, que tuvieron proscripto el teatro en aquella república calvinista hasta fines del siglo décimo octavo. Pero su fanatismo no era todavia potente: el furor del público por las diversiones escénicas era superior su odio, y á despecho del gobierno que mandó al primer magistrado de Londres (lord mayor), no permitiese las representaciones en domingo, se continuó representando en aquel día solemne como en cualquier otro día de la semana, hasta que bajo Carlos I esta disposicion llegó á convertirse ley por un decreto del parlamento.

El gobierno tenia confiada la censura de las obras dramáticas al obispo de Londres, ó al arzobispo de Cantorbery, los cuales concedian ó no con prévia inspeccion la licencia de representarlas, ó las suprimian si encontraban algo de licencioso ó de inconveniente. Debemos observar al mismo tiempo que la libertad de representar no fué nunca ilimitada, ni menos desenfrenada en Inglaterra, y si esta censura fué, andando el tiempo, separada de la autoridad eclesiástica para confiarla á los oficiales civiles, estos tambien la ejercen hoy, pero con cierta tolerancia y sin pedanteria. Y si bien Isabel, Jacobo I (no menos que la primera protector del teatro), y Carlos I, no frecuentaron los teatros públicos, sin embargo, en sus palacios y en el recinto de Whitehall, celebraban representaciones á menudo, y á veces algunas tambien en días de precepto. Los teatros en un principio se abrian á la una del día, y no duraba la funcion mas de dos horas. Las mujeres nunca asistian al teatro sino enmascaradas. Las compañías cómicas hasta la restauracion hacian ejecutar el papel de mujeres á muchachos. Esta fué la causa porque el teatro, exento del freno que impone la presencia del bello sexo, nació y se mantuvo tanto tiempo tan disoluto.

De muchos autores que escribieron para un público tan ávido de representaciones antes de 1590, solamente se hace mencion de tres: Rid, Silly y Marlowe. Silly era un erudito no falto de talento. Marlowe le superaba en ingenio, y caminó por una senda mas conveniente y uniforme. Pero si no existiesen sus elogios en verso escritos por algunos de sus contemporáneos, tal vez sus obras y sus nombres, hubieran quedado sepultados en el olvido. Marlowe despues se libertó de este destino por un inesperado capricho de la fortuna, escribió una tragedia titulada *La Historia trágica de la vida y muerte del doctor Fausto*. Esta tragedia, en la cual se desarrolla la idea del Eclesiastes, la cual siendo por máxima, que mucha ciencia produce mucho mal, es superior á todas las producciones de aquellos tiempos; sacó el argumento de una cancion del mismo nombre que se habia impreso con la anuencia del obispo de Londres en 1588. ¿Quién hubiera esperado que una narracion que dominaba en los teatros de Londres hasta fines del siglo XVI, despues de relegada á los teatros de los chiquillos, y para recreo en las aldeas, hubiese resucitado en Europa en nuestros dias con toda la pompa teatral y todo el encanto de la poesia del célebre Goethe?... Esta brillante aparicion, nos haria creer que el doctor Fausto es un verdadero mago como el que nos pintan en el siglo XVI, si no hubiese aparecido en nuestros dias otra concepcion no menos prodigiosa, esto es, aquel don Juan Tenorio, nacido tambien de algun cuento popular, despues protagonista de comedias trágicas en el siglo XVII, y si no hubiese aparecido el encanto melodioso de Mozart, que fué puesto en escena, y si no se hubiese presentado aquel génio no menos mágico de Byron.

Semejante abundancia de producciones, aunque malas, ó á lo menos medianas y poco dignas de llegar á la posteridad, no podian, al fin, dar renombre mas que á algun buen escritor, como un Ben Jonson, un Tlecher, un Beaumont y un Massenger, y á otras que salieron en medio de tanto fervor al teatro. Estas producciones estaban en armonia con las exigencias y se tenia derecho á presagiar su porvenir. Pero la aparicion de un Shakespeare es un fenómeno literario fuera de toda proporcion.

Esto fué un prodigio no inferior al de una palmera que hubiese salido en medio de otros árboles en un bosque: su entendimiento creador y de una grandeza gigantesca escende á todos los cálculos de la probabilidad ordinaria. En medio de una multitud de escritores medianos llegó á ser el fundador del teatro inglés, y uno de aquellos fundadores de imperios, como Pedro el Grande, que no fueron nunca superados por sus sucesores.

LORENZO RECAÑO.



## JUDIT.

POR E. SCRIBE.

I.

¡Qué hermoso es el teatro de la Opera de París! Hermoso si, prescindiendo de las maravillas que ostenta á nuestra vista, de la gracia aérea de la Taglioni, del encanto mágico de la Ellsler, del admirable talento de Nourrit, el Talma de la tragedia lírica, tampoco hablaré de las deliciosas armonías de Meyerbeer, honor de la Alemania, ni de los cantos graciosos é inagotables de Auber, el primero de nuestros compositores; si no tuviera la desgracia de ser nuestro compatriota. Dejo á un lado la ilusión de las decoraciones, de los trages y del baile; finalmente no quiero hablar del escenario de la ópera, sino del patio.

Este es otro espectáculo no menos curioso y brillante. Mirad en torno vuestro y si en esa noche teneis tiempo para observar, si estais de buen humor, si no habeis perdido vuestro dinero en la Bolsa ó escuchado un mal discurso en la cámara, si vuestra amante no os ha engañado ó si vuestra muger no os ha armado alguna camorra, si habeis comido bien con personas de talento ó mejor todavía con un par de amigos verdaderos, colocaos en la orquesta de la ópera; volved vuestro anteojo, no del lado de los bastidores, sino del lado del anfiteatro y principalmente de los primeros palcos..... qué variedad de cuadros animados! ¡Cuántas escenas cómicas y cuántas sobre todo dramáticas.

Y advertid que no quiero que salgais del observatorio en que acabo de colocaros, porque ¿qué sería, si abandonando vuestro asiento de orquesta y asiéndos del brazo de un amigo, os colais hasta la sala de descanso de la ópera? Allí no podreis dar un paso sin tropezar con una ambición ó un ridículo, sin rozaros al pasar con un diputado, con un hombre de estado de hoy, un ministro de ayer, una reputación de la semana; un orgullo de todos los tiempos; y mas allá, alrededor de la ancha chimenea un personaje de guantes amarillos que refiere sus escursiones de la mañana y sus desafíos en el bosque de Bolonia; un periodista orador que recita en su conversacion su folletín del siguiente día; un pisa-verde que vive á expensas de una cómica y la paga con elogios, otro quidam que se arruina por ella y se cree obligado á enumerar todas sus perfecciones, como para justificar ante los ojos de sus amigos el empleo que dá á sus fondos; todo ese ruido, toda esa algaravía, toda esa confusión de amores propios y pretensiones, suministrarían materia para escribir cien volúmenes, y yo no quiero contaros ahora sino una historieta.

Una noche, si mal no me acuerdo, á fines del año de 1831, bailaba la Taglioni; acudió á verla una inmensa multitud: los curiosos estaban escalonados sobre las gradas y taburetes de reserva que habia proporcionado el acomodador de la orquesta; formaban una especie de atrincheramiento ó barricada que no sin trabajo pude salvar en medio de la quietud y del silencio de los aficionados cuyo placer turbaba bien á pesar mío, porque cuando baila la Taglioni, no solamente se la mira, sino que reina el mas profundo silencio. ¡Todos escuchan! Parece que los ojos no bastan para admirar! Hallábame en una situación dificultosa, de pie al lado de algunos amigos que me habian llamado, pero que de



Y volviendo la espalda al palco del general Clapanède, parecía buscar algo con los ojos.

masiado oprimidos ellos mismos, no podian hacerme lugar, cuando un joven se levanta y me ofrece su asiento que rehusé, como debeis suponer, no queriendo privarle del placer de asistir cómodamente al espectáculo.

—V. no me priva el placer alguno, me dijo, iba á salir. —Acepté entonces dándole las mas expresivas gracias, y á tiempo de marcharse mi generoso vecino, echó una mirada al teatro, detúvose un instante y volviendo la espalda al palco del general Clapanède, parecía buscar algo con los ojos; despues, cayendo de repente en una profunda meditacion, ya no pensó en marcharse. Tenia razon en decir que no le privaba del espectáculo; porque, volviendo la espalda á la escena, no viendo nada ni oyendo nada parecía haber olvidado enteramente el sitio donde estaba. Entonces me puse á examinarlo con detencion; era imposible ver una fisonomía mas expresiva, mas hermosa y mas distinguida. Vestido con elegante sencillez, todo en sus maneras y en sus menores movimientos, era noble y de buen tono. Representaba de unos 25 á 28 años; sus grandes ojos negros estaban constantemente fijos en un palco segundo que miraba con una expresion de tristeza y de desesperacion indefinible. Involuntariamente volví la cabeza en la misma direccion y vi que aquel palco habia quedado vacío. Sin duda esperaba á alguna persona que no ha venido, me decía á mí mismo; le habrá faltado á la palabra.... ó estará enferma.... ó tal vez algun marido celoso la habrá impedido venir. Y él la ama!... Y él la espera!... Pobre joven!... Y yo esperaba como él, y le compadecia y hubiera dado un mundo por ver abrir aquel palco que permanecia constantemente cerrado!

El espectáculo iba á concluir, y durante dos ó tres escenas en que los primeros bailarines no bailaban y se conversaba casi en alta voz, muchos como hubieran podido hablar de otra cualquier cosa pusieron á hablar de *Roberto el Diablo*, que á la sazón se ensayaba y que debía ponerse en escena dentro de pocos días: mis amigos me hicieron varias preguntas sobre la música, sobre los bailes, sobre el acto de los monges y todos me suplicaron que los llevara á los últimos ensayos. ¡Es una cosa tan curiosa é interesante para las gentes de mundo un ensayo en el teatro de la ópera! Prometiles que así lo haria y todos nos levantamos para salir, porque acababa de caer el telon, y como me hallase al lado de mi desconocido, que continuaba inmóvil en el mismo sitio, le expresé mi sentimiento de haber aceptado su oferta y el deseo de poder corresponder á tan señalado favor. Nada mas fácil para vd., me dijo: acabo de saber, caballero, que es vd. el señor de Meyerbeer. —No tengo ese honor. —En fin vd. ¿es uno de los autores de *Roberto el Diablo*? —Nada de eso: he compuesto la letra. —Pues bien permitame vd., caballero, asistir al ensayo de mañana. —Como todavía no es el ensayo general no me atrevo á convidar sino á mis amigos. —Una razon mas para que yo insistiera. —Y yo recibí en ello una particular satisfaccion. —Me apreté la mano y nos citamos para el siguiente día.

Fué puntual. Mientras esperábamos que principiase el ensayo, nos paseamos algunos instantes por el escenario. Hablábame de una manera grave, y sin embargo amable y graciosa; pero era fácil conocer que hacia grandes esfuerzos para sostener la conversacion y que algun otro pensamiento le dominaba. Nuestras lindas bailarinas y cantarines iban llegando poco á poco. Muchas veces le vi temblar y momentos hubo en que fué tal su emocion que tuvo que apoyarse contra un bastidor. Creí entonces adivinar que desgraciadamente estaría enamorado de alguna de nuestras deidades, suposicion que su edad y su fisonomía hacia poco verosímil. En efecto yo me engañaba. A nadie habló, á nadie se aproximó y nadie le conocia.

Principió el ensayo. Le busqué en la orquesta entre los aficionados, pero no le hallé, y aunque el teatro estaba escasamente alumbrado, me pareció distinguirlo en el palco de enfrente que contempló la víspera con tan profunda emocion. Y como quisiere cerciorarme al fin del ensayo, despues del admirable terceto del quinto acto, subí á los palcos segundos. Meyerbeer me acompañó. Llegamos al palco cuya puerta estaba entreabierta y vimos al desconocido con la cabeza oculta entre las manos. Al entrar nosotros, volvióse de repente y se puso en pie: su semblante pálido estaba cubierto de lágrimas. Meyerbeer temblaba de gozo, y sin decirle una palabra, le apreté afectuosamente la mano, como dándole las gracias. El desconocido, tratando de reponerse de su turbacion, balbuceó algunas palabras de agradecimiento y elogios tributados de una manera tan vaga y general, que conocimos claramente que no habia oído la pieza y que hacia dos horas pensaba en cosa muy distinta de la música. Meyerbeer me dijo al oído con desesperacion; el desdichado no ha oído ni una nota.

Bajamos los tres por la escalera del teatro y al atravesar el hermoso y vasto patio que conduce á la calle Grange-Batelière, nuestro desconocido saludó á monsieur Sausseret, empleado en el despacho de billetes.

Pregunté á este sugeto si conocia á aquel joven y me contestó: —No sé mas sino que se llama el señor Arturo y que vive en la calle de Helder número 7. Ha alquilado para este invierno un palco segundo de frente.

—¿El que ocupa ahora mismo?

—Sí señor, el que ocupa de día, porque por las noches siempre está el palco vacío.

—En efecto, en toda la semana se abrió la puerta; el palco permaneció desierto y nadie se presentó en él.

Aproximábase entretanto la primera representación de *Roberto*, y en tales días un pobre autor se ve abrumado de peticiones de palcos y billetes. ¿Creeréis sin duda que tiene tiempo para pensar en su pieza y en lo que deberá quitar ó añadir en ella? Nada de eso. Es menester que conteste á las cartas y á las reclamaciones

que de todas partes recibe, y las damas sobre todo en ese día las mas exigentes. —Debía vd. haberme reservado dos palcos y solo he obtenido uno. —Me habia vd. prometido un billete de primera fila y me habia dado vd. uno de segunda. —Me habia vd. prometido el número 40 al lado del palco del general, y me habia dado vd. el número 15 al lado de madama D... que no puedo tragar y que á todo el mundo carga con sus diamantes. —Un día de primera representación es un día en que se enfada uno con sus mejores amigos



Pero sin apercibirse de ello se sentia humillada.

quienes consienten en perdonar á vd. algunos días despues, si ha obtenido un buen éxito, pero que no hacen las paces en mucho tiempo si el resultado ha sido malo; de manera que queda uno mal con ellos y con el público. —Jamás viene una desgracia sola.

En la mañana de la primera representación de *Roberto* tuve la desgracia de prometer á unas damas un palco, y digo que tuve la desgracia, porque no conté con la huésped, esto es, con el director que dispuso de él para darle á un periodista, y como le expresara mi justa queja, me contestó. —Lo he dado á un periodista. ¿Comprende vd? ¡un periodista.... que abrece á vd!.... pero que merced á este acto de política, hablará bien.... de la música.

El argumento no tenia réplica, y sobre todo el palco estaba ya dado: ¿Pero dónde colocar á mis lindas damas, cuyo enojo era por otro estilo para mí mucho mas terrible que el del periodista?... Acordéme de mi desconocido y pasé á verlo.

Su habitacion estaba modestamente amueblada, demasiado quizá para un hombre que alquilaba en el teatro de la ópera un palco por un año. —Caballero, dije, vengo á pedirle un gran favor.

—Hable vd.

—¿Piensa vd. asistir á la primera representación de *Roberto*.... en su palco?

Me pareció que se turbaba.... y me contestó vacilando. De buena gana iria, pero no puedo.

—¿Ha dispuesto vd. del palco?

—No señor.

—¿Quiere vd. cedérmelo? Me sacará de un gran embarazo.

El suyo aumentaba por instantes; no se atrevia á negarme el favor que le pedia.... Al fin, violentándose á sí mismo, me dijo: consiento, pero con la condicion que no ha de llevar vd. al palco mas que hombres.

—Precisamente, exclamé, se lo pido á vd. para unas damas.

Guardó silencio por un instante.

—¿Entre esas damas hay alguna á quien vd. ame?

—Sí, señor, le contesté con prontitud.

—En ese caso puede vd. ocupar mi palco. Así como así dejo hoy á Paris....

Involuntariamente hice un ademán de interés y de curiosidad: él adivinó mis pensamientos, porque apretó mi mano entre las suyas y me dijo. Ya comprendrá vd. que ese palco encierra para mí recuerdos queridos y muy crueles.... que no puedo confiar á nadie.... ¿De qué nos sirve quejarros, cuando somos desgraciados sin esperanza.... y cuando lo somos por nuestra propia culpa?

Aquella noche se verificó la primera representación de *Roberto*, y mi amigo Meyerbeer obtuvo un estrordinario triunfo que resonó en toda Europa. Desde entonces acá cuántos acontecimientos literarios y políticos ha habido! Cuántas reputaciones se han levantado, cuántas han perecido. —Yo no volví á ver á Arturo. —No volví á pensar en él—le olvidé enteramente.

Noches pasadas hallábame en la orquesta á la derecha del teatro. Esta vez no se ejecutaba el *Roberto*

sino los Hugonotes. Habian trascurrido cinco años.  
—¿Qué tarde viene vd., me dijo un amigo catedrático de leyes, abonado á la ópera y que gastaba tanto humor por las noches como erudicion por las mañanas?  
—Y hace vd. muy mal, añadió dándome un golpecito en el hombro, un hombrecillo vestido de negro, de voz atiplada y empolvada peluca.—Volví y vi que era Baraton, el escribano de mi familia.  
—¿Vd. por aquí? exclamé, ¿y la escribanía?  
—Hace tres meses que la he vendido. Soy rico, viudo y tengo ya 60 años: he estado 20 casado y he sido 30 escribano.... Ya es tiempo que me divierta.



Una escena de los hugonotes.

—Y el señor, dijo el doctor en leyes, hace ocho dias que está abonado á la orquesta.

—En efecto, me gusta reirme.... Soy aficionado á la comedia y he alquilado un asiento en la ópera.

—¿Por qué no en los franceses?

—No se divierte uno allí tanto como aquí.... Aquí se oyen y ven las cosas mas peregrinas del mundo. Estos señores lo saben todo, conocen todo.... no hay aquí un palco cuya historia no me hayan referido.

Y miraba al catedrático de leyes que se sonreía con aquel aire modesto y reservado que pasa por discreto y que significa: ¡oh! si quisiera bien podia contar otras muchas.

—¿De veras? exclamé, y maquinalmente mis ojos se dirigieron hácia el palco segundo que años antes habia escitado tan vivamente mi curiosidad. ¡Cuál fué mi sorpresa al verlo aquella noche todavia vacio! Alegre entonces por tener tambien una historia que contar referi en pocas palabras á mis oyentes la que acabo de relatar si bien con alguna mas estension.

Me escuchaban atentamente.—Mis vecinos se perdian en conjeturas.—El profesor trataba de reunir sus antiguos recuerdos;—el escribanillo se sonreía malignamente.

—Pues bien, les dije, ¿quién de vds., señores, que todo lo saben, que todo lo conocen, nos dará la solucion de este enigma? ¿quién nos contará la historia de ese palco misterioso?

Todo el mundo callaba.... hasta el profesor que pasando la mano por la frente como para recordar la anecdota, hubiera concluido probablemente por inventar una; pero el escribano no le dejó tiempo.

—¿Quién referirá á vd. esa historia?... exclamó con un aire de triunfo; yo que conozco todos sus detalles.

—¿Vd., señor Baraton?

—¿Yo mismo!

—Hable vd., hable vd.—Y todas las cabezas se inclinaron hácia el narrador.—Hable vd., señor Baraton.

—¡Pues bien! dijo el escribano dándose cierta importancia y tomando un polvo de rapé, ¿quién de vds. ha conocido?... En este momento oyóse el primer preludio de la orquesta.

Y Baraton, que no queria perder una sola nota de la introduccion, se detuvo de repente y dijo: en el próximo entreacto.

## II.

Señores, dijo el escribano en cuanto concluyó el primer acto de los Hugonotes; el entreacto debe ser largo, y mientras se visten la reina Margarita y todas

sus damas de honor, referiré á vds. la historia que desean conocer. Y despues de haber sorbido lentamente un polvo de rapé que le daba tiempo para reunir sus ideas, principió su narracion en estos términos.

—¿Quién de vds., señores, ha conocido aquí á la niña Judit?

Todos quedaron mirándose; ninguno osaba responder.

—¿La niña Judit, que habrá siete ú ocho años fué admitida como bailarina de comparsa?

—¡Ah! sí, dijo el doctor en leyes con cierta pedantería, una rubita que hacia en la Muda uno de los pajes del virey.

—Era morena, contestó el escribano; respecto al empleo que vd. la atribuye, no tengo ningun documento positivo y prefiero referirme á su vasta erudicion.

El doctor hizo una ligera inclinacion de cabeza.

—Lo que por lo menos no admite réplica es que la niña Judit era encantadora.

—Otro punto que parece auténtico es que la señora Bonnivet, su tia, era portera, calle de Richelieu, en la casa de un antiguo criado de quien fué en un tiempo confidenta; otros decian que cocinera, pero la señora Bonnivet no convenia en ello.—Por lo demas desempeñaba perfectamente los menesteres de la casa, mientras que su sobrina hacia conquistas, porque era imposible pasar por delante de la portera sin admirar á la niña Judit, que apenas tenia entonces doce años.

—Pero ¡oh! eran los ojos mas hermosos del mundo, dientes como perlas, un talle divino, y con su vestido de indiana tenia el aire mas distinguido que puede imaginarse, ademas una fisonomia cándida, y á pesar de su inocencia, espresiva y coqueta; finalmente era de esas hermosuras capaces de trastornar el juicio y cambiar, como suele decirse, la faz de los imperios.

La señora Bonnivet recibia tantos cumplimientos al cabo del dia, sobre su linda sobrina, que determinó hacer algun sacrificio por su educacion: la envió á una escuela gratuita de niñas donde aprendió á leer y escribir, educacion brillante de cuyas ventajas no tardó en aprovecharse la misma señora Bonnivet, que en sus funciones de portera deletreaba con trabajo los sobres de las cartas y entregaba al un inquilino la carta del otro.

Judit se encargó de este cuidado con satisfaccion general, y persuadida entonces la señora Bonnivet que con una figura y una educacion tan distinguida su sobrina debia alcanzar sin trabajo una buena fortuna, no esperaba mas que una ocasion, la cual no tardó en presentarse.—El señor Rosambeau, maestro de baile, que vivia en el quinto piso, propuso dar algunas lecciones á la niña Judit, y pocos dias despues la señora Bonnivet decia á todas las porteras que conocia que su sobrina acababa de ser recibida en los coros de la ópera; noticia que se esparció rápidamente de puerta en puerta en toda la estension de la calle de Richelieu.

Hé aquí, pues, á Judit instalada en el teatro de la ópera en la compañía de baile, aprendiendo sus lecciones de baile por las mañanas y apareciendo por las noches desapercibida en los grupos de doncellas, náyades ó pajes, como decia ahora mismo el señor doctor.

Judit era la inocencia misma, aunque entonces tenia catorce años cumplidos; pero habia sido educada en una casa honrada, cuyos inquilinos todos eran casados; su tia, escesivamente rigurosa no se separaba de ella jamás; acompañábala al teatro por las mañanas, volvía á conducirla por las noches y aun se que-



Un palco del Teatro de la Opera.

daba en el cuarto de las bailarinas haciendo calceta mientras que su sobrina lucía sus piruetas.

Vds. me preguntarán sin duda qué se hizo la habitacion de la calle de Richelieu durante este tiempo.

—Eso es lo que yo no sabré decirles; aunque parece que una amiga de la señora Bonnivet se encargó interinamente de la portera mientras que la niña Judit hacia fortuna.—Porque vds. saben como yo, señores, que nadie entra en el teatro de la ópera sino para hacer fortuna, para lograr una posicion.—Despues de es-

to retira vd. á su hija, que ya es rica, y la casa vd. con un agente de bolsa.

—O con un escribano... dijo el doctor.

—Es verdad, añadió Baraton haciendo un gesto, pero vd. debe saber muy bien que la señora Bonnivet, ni su sobrina, tenia entonces ideas de semejantes grandezas.—En todas las cosas es necesario el progreso.

—¡Y Judit! exclamé yo, viendo que se pasaba el tiempo y el entreacto avanzaba.

—Voy allá. La señora Bonnivet, á pesar de su vigilancia preventiva, no podia impedir á su sobrina que hablase con sus jóvenes compañeras.—Por las mañanas en el cuarto de las bailarinas, y principalmente por las noches, cuando salian á la escena... limite terrible que no podia salvar la tia y donde se detenía su inspeccion vigilante.... Judit oia entonces cosas singulares.—Una de las ninfas ó de las sílfides sus compañeras, le decia á media voz:

—¡Ves, querida, en la orquesta, á la derecha, cómo me mira!

—¿Quién?

—Ese buen mozo que tiene chaleco de casimir.

—¿Y qué será eso?

—Toma, una inclinacion hácia mí.

—¿Una inclinacion? preguntó Judit.

—Sí, una inclinacion; ¿de qué te admiras? ¿Pues qué, tú que hablas no tienes alguna pasion?

—¡Oh Dios mio! ¡no!

—¿Habeis oido cosa mas particular? ¡Judit no tiene amante! La pobre está divertida.

—Ya se vé, como su tia no quiere....

—En verdad que si yo tuviera una tia como esa...

—¡Ah! querida, no hables mal de ella; porque es una muger que tiene altas miras respecto á su sobrina. Figúrate que para preservarla del peligro de las pasiones la busca un protector.

—¡Ella! ¡un protector!... es demasiado tonta para eso; no lo hallará jamás.

Todo eso se decia durante los coros de la Vestal. Judit no habia perdido una sola palabra, y sin embargo, no se atrevia á pedir á nadie la explicacion. Pero sin apercibirse de ello, sentíase humillada á la idea que tenian de ella; hubiera querido vengarse y humillar tambien á su vez á sus amigas. Asi es que la tarde en que al entrar la señora Bonnivet tomó un aire grave y solemne para anunciar á su sobrina que iba á presentarle un protector distinguido, su primer movimiento fué un movimiento de alegría... y su tia que estaba distante de esperar este efecto, mostróse satisfecha y continuó con acento de triunfo:

—Si, mi querida sobrina, una persona recomendable bajo todos conceptos, una persona que asegura tu felicidad y la suerte de tu tia, cosa muy justa seguramente despues de los trabajos que le ha costado tu educacion y los cuidados que te ha prodigado. Al llegar aquí la señora Bonnivet se enjugó las lágrimas, y Judit conmovida con su enternecimiento, se atrevió solamente entonces á preguntarle quién era ese protector y porqué habia merecido tan alta proteccion.

Ya lo sabrás, hija mia, ya lo sabrás.... Pero entre tanto todas tus compañeras van á morirse de envidia.

Esta era la única cosa que deseaba Judit; y aquella noche, grande fué con efecto el rumor cuando circuló esta noticia en el cuarto de las bailarinas.

—¿Es posible?—Yo te lo aseguro.—Eso no es creible:

—¡Habrás visto arrapiezo semejante! Feliz ella... ¡Una corista! mientras que yo... primera bailarina... ¡Oh! ¡esto es insufrible!—¡Es admirable! decian las otras, ya se vé es tan linda....—¡Y tan virtuosa! ¡Bien lo

merece!—En fin, jamás alianza de principe, jamás alianza régia dió tanto que hablar, ni lugar á tantas conjeturas; y sin embargo ya no era permitido dudar, porque en aquella misma noche la tia se habia presentado entre bastidores con un magnifico chal de cachemira.

Pero ¿quién era ese protector desconocido? No podia ser otro sino algun hacendista viejo, algun gran señor muy respetable. Todas á porfia preguntaban á Judit, y querian hacerla hablar. Pero todo era inútil: Judit era

de una discrecion impenetrable, por una razon muy sencilla, porque Judit nada sabia.

Hacia tres ó cuatro dias que habia dejado el cuartito de la portera para habitar con su tia una magnifica casa en la calle de Provenza. La alcoba era lindisima y del gusto mas moderno; habia un gabinete elegantísimo y ricamente alfombrado en el que la tia no osaba entrar, permaneciendo por gusto en el comedor ó en la cocina.... allí estaba á sus anchas.—Pero cuatro dias habian pasado sin que Judit hubiese visto á nadie aparecer por su casa, cosa que la parecia muy singular.—Porque aunque sin educacion no carecia de talento. Su candor y sencillez provenian de ignorancia y no de tontería; y recordando lo que habia podido comprender, y adivinando parte de lo que no comprendia.... principiaba á inquietarse y temer; á todo trance hubiera querido tener una amiga á quien pedir consejos.... Pero sola, ¿qué proteccion podia implorar contra ese protector que no conocia y que sin embargo temia ya?—Verdad es que á todas las ideas que anticipadamente se formaba, juntábanse siempre las de fealdad y vejez.—Tanto la habian repetido sus compañeras que el tal protector no podia ser otro que un viejo gotoso, lleno de achaques y contrahecho.—Así es que la pobre niña tembló de pies á cabeza, cuando en el quinto dia vió entrar en el gabinete á su tia toda sobresaltada y sin aliento, anunciando la vista del misterioso protector.

Judit quiso levantarse por respeto.... pero sus piernas flaquearon, y casi desvanecida dejóse caer en el canapé.

Cuando al fin se atrevió á levantar los ojos, vió de pie delante de ella un arrogante mozo de veinte y cuatro años, poco mas ó menos, de fisonomía noble y distinguida que la miraba con ojos tan tiernos y amorosos, que al punto se creyó salvada.—Parecía que el que de esta suerte la miraba, debia defenderla, y que con él nada absolutamente tenia que temer.

—Señorita, le dijo el desconocido con voz grave, pero respetuosa.... en seguida, como notara que la tia estaba delante, la hizo señas de que se marchara fuera.... ésta obedeció al punto, y se fué á dar las disposiciones necesarias para la comida.

—Señorita, estais en vuestra casa, deseo que esteis en ella contenta y seais feliz —Perdonadme si no vengo con frecuencia á ofreceros mis respetos.... mis muchas ocupaciones me privarán de este placer.—Yo no reclamo mas que un título.... el de vuestro amigo; solo un derecho.... el de satisfacer vuestros menores deseos.

Judit no respondió; pero su corazón, que latia con violencia, levantaba frecuentemente el ligero percal de su esclavina.

—Por lo que hace á vuestra tia.... y pronunció esta palabra con cierto aire de desprecio.... ella será la que en adelante estará á vuestras órdenes, porque quiero que aquí seais vos el ama, y que todo el mundo os obedezca.... principiando por mí.

En seguida se aproximó á ella, le tomó la mano que llevó á sus labios, y como notase que esta mano estaba todavía trémula la dijo:

—¿Es por ventura mi presencia la que os causa ese temor? Tranquilizaos, no volveré sino cuando me necesiteis.... cuando me llameis.... Adios, Judit, adios, niña mía.

Partió dejando á la pobre jóven en una turbacion que aun no conocia, y que no podia explicarse. En todo el dia se separó de su imaginacion la hermosa fisonomía del desconocido, ni sus grandes ojos negros tan expresivos. No habia fijado en él la atencion, y sin embargo nada se le habia escapado; recordaba muy bien su gentil continente, sus maneras y hasta su mismo traje; creia oír todavía aquella voz tan dulce, cuyas palabras todas habian quedado grabadas en su memoria. La pobre Judit, que generalmente dormia perfectamente, no pudo reconciliar el sueño aquella noche. ¡Esta era la primera! Al dia siguiente se levantó pálida y ojerosa.—Y la tia se sonreía.

No se podia hablar del hermoso desconocido, sin que el gracioso semblante de Judit se cubriese de un rubor repentino.

Y la tia continuaba sonriéndose.

¡Pero él no volvió á parecer! No venia y Judit no podia decirle que viniese.... En efecto, ¿qué habia de pedirle? Tenia una habitacion elegantísima, una mesa abundante y bien servida, criados y un coche á sus órdenes.... ¡Nada la faltaba mas que él!...

Por otra parte, sus compañeras de teatro al verla tan bella, tan brillante, cubierta de tan ricos adornos, no cesaban de preguntarla.... Y sus preguntas enseñaban á Judit mas de lo que queria saber; así que, no pudiendo explicarse á sí misma el motivo, guardó el mas profundo silencio con su tia y sus amigas sobre lo que habia pasado entre ella y él. Parecía, segun lo que oia en torno suyo, que habia en la conducta del desconocido alguna cosa que no era regular.... algo humillante para ella, y que por su honor no debia decir. Hubiérase muerto antes que hablar de él ó quejarse; pero al octavo dia.... un dia de gran representacion, descubrió en el palco del rey á su desconocido que la miraba. Lanzó un grito de alegría y de sorpresa que hizo perder el compás á un bailarín que en aquel momento principiaba una pirueta.—¿Qué es eso? le dijo Natalia, una de sus compañeras que sostenia con ella una guirnalda de flores.

—¡Es él!... miralo!...

—¡Es posible! el conde Arturo de Y\*\*\*, uno de los jóvenes y bizarros caballeros de la corte de Carlos X, y ademas un buen mozo!... ¡Oh! no tienes de qué que-

jarte.... ¡Pero no concibo por qué te sorprendes y te inmutas tanto por un hombre que ves todos los dias!

Judit nada oia; ¡era demasiado feliz! Arturo acababa de saludarla con grande escándalo del palco dorado en que se hallaba; pero este escándalo subió de punto cuando despues del baile, en el momento en que Ju. lit se retiraba de la escena, se encontró entre bastidores á Arturo que en voz alta y delante del hombre que entonces disponia de los destinos de la ópera, le dijo:

—¿Me permite vd. señorita, que la acompañe?

—Con mucho gusto, este es un gran honor para mí, contestó con voz trémula Judit, sin notar que su respuesta escitaba la risa de sus compañeras.

—En ese caso, dése vd. prisa; aquí en el teatro la espero á vd.

Inútil es decir que Judit no empleó mucho tiempo en desnudarse, fué tal su prisa que rasgó su vestido de gasa y su pantalon de seda, y la señora Bonnavet, que entonces hacia las veces de camarera, (funciones privilegiadas de todas las madres y tias del teatro), la señora Bonnavet con mucho trabajo pudo seguirla por la escalera, llevando el chal que su sobrina se dejaba olvidado. Arturo se habia quedado en el teatro hablando con un grupo de jóvenes y con Lubert, el director, á quien recomendaba eficazmente á la señorita Judit. Apenas se presentó ésta, dirigióse á ella delante de todos, y los dos bajaron por la escalera particular de los actores. Un elegante coche los esperaba en la puerta; no pudo espresar á vds., señores, la turbacion y el contento de la pobre Judit al verse sentada al lado de su protector en tan reducido espacio que hacia mas íntima y dulce aquella entrevista. Temeroso Arturo de que su linda pareja se constipase, echó los cristales; tomó el chal que ella tenia en su mano, lo desdobló y cubrió con él sus blancas espaldas, su airoso talle y su corazón que latia en aquel momento con una emocion desconocida. ¡Ah! que linda estaba Judit! ¡Qué seductora embellecida de este modo por felicidad! Pero esta felicidad no fué de larga duracion: ¡era tan corta la distancia que habia desde la calle Grange-Bateliere á la de la Provenza, y luego corrian tanto los caballos! El coche paró, Arturo baja, ofrece la mano á su compañera, sube con ella la escalera, y llegado que hubo al primer piso, á la puerta de su habitacion, llama, la saluda respetuosamente y desaparece.

Tampoco pudo dormir Judit aquella noche. ¡La conducta del conde le parecia tan singular! Porque al fin, podia entrar en su casa, sentarse, hacerla una visita; es verdad que ella no estaba muy enterada de las reglas del buen tono, pero esto le parecia mucho mas decoroso que despedirse de ella tan bruscamente.

Repito que en toda la noche cerró los ojos; se levantó, se paseó por su alcoba, y apenas rayó el dia, queriendo refrescarse con el aire puro de la mañana, abrió su ventana.... ¡Cuál fué su sorpresa! el coche del conde habia quedado á la puerta.... habrá pasado toda la noche en la calle.... Los caballos piñaban sobre el pavimento de frio y de impaciencia, el cochero dormía en el pescante.

—Perdonen vds., señores, dijo el escribano interrumpiéndose; el acto comienza y no quiero perder ni una nota de la ópera; para esto estoy abonado.... En el otro entreacto continuaremos.

(Se continuará.)

## MODAS.

Dos clases de seduccion, dicen nuestros cofrades de la capital del Sena que vienen á asaltar en este tiempo á las bellas de aquel pais, y á renovar las exigencias y los caprichos de la moda: por una parte el campo, que, lleno de goces, las llama engalanándose con los lujosos atavíos de esta hermosa estacion del año; por otra París con sus elegantes paseos, con sus carreras de caballos y sus magníficos espectáculos, donde los artistas hacen todo cuanto pueden por retener cerca de sí la esmerada y selecta concurrencia á que deben toda su animacion y toda su vida: así es que los palcos y los balcones, dicen ellos, se conservan todavía llenos como en el rigor del invierno, y las novedades de la *toilette* contribuyen á hacer todavía mas agradable este hermoso espectáculo.

La atencion de nuestras bellas madrileñas no está dividida por desgracia en tantos objetos como la de las de París, que tienen dos cosas de que carecemos aquí por completo; á saber, *campo* y *teatros*: á ninguna bella se le ocurre salir de Madrid en este tiempo para secarse de fastidio en nuestras áridas y escueltas inmediaciones, á menos que no sea propietaria en Vallecas, Carabanchel, Leganés ó Getafe, donde seguramente no ha menester de los caprichos y exigencias de la moda para poder pasar á su gusto una larga temporada; y como por aquí *casi* no tenemos teatros, tampoco es esta una ocupacion constante para la actual temporada, por mas favorecido que se encuentre el único de ellos que hoy dia puede merecer el nombre de tal.

Nosotros, pues, pudiéramos decir que la atencion de nuestras bellas solo se divide ahora entre dos objetos: el Prado y Aranjuez. Juntamente con estos dos objetos que distraen su atencion, hay otro á donde sin cesar se fija la dama de gran mundo y que se presenta á su imaginacion casi continuamente: este es la *moda*; pero, se entiende, la moda libre y franca, que no rechaza ningún género de innovaciones, por estrañas

que le sean: la moda, en fin, con todas sus escentricidades y caprichos reunidos bajo una sola enseña: *buen gusto y elegancia*.

Porque conviene advertir á nuestras lectoras, que ya no hay nada mas viejo ni mas desautorizado entre nuestras vecinas las parisienses, que el modelarse las unas por las otras y ser esclavas todas de los caprichos de media docena de elegantes. «En otro tiempo, nos dice en confirmacion de esto mismo un ilustrado periódico de modas, se esperaba el paseo de Longchamp con una respetuosa deferencia, porque Longchamp era un verdadero despota, y cuando decia que el azul estaba de moda, ya no se veian sino vestidos, sombreros y chales azules por todas partes. Las señoras parecían de este modo una santa hermandad (asi dice el periódico: *non sancta* la llamariamos nosotros) vestida, ya de azul, ya de rosa, ya de lila ó ya de amarillo. Hoy dia se ha desterrado de todo punto esta ridicula servidumbre; y nuestras damas, mejor inspiradas, no llevan sino lo que mejor les dice á la cara: en una palabra, la moda es un *profundo estudio de coqueteria*, que á todo se aplica.»

No sabemos si á nuestras hermosas convecinas las madrileñas les costará mucho trabajo entrar en este sistema de coqueteria: francamente hablando, creemos que lo contrario á la coqueteria sería lo que mas trabajos les fuese: con todo, por si nos equivocamos, y ellas no están en esto de coquetear á tanta altura como imaginamos nosotros, vamos á decirles cuatro palabras, no sobre el modo de coquetear con sus apasionados.—Dios nos libre de tan infame tentacion.—sino del modo de coquetear consigo mismas, con sus trages y con sus sombreros, para descargar despues sin piedad un vivo fuego de metralla en los innumerables enemigos que las acosan.

Respecto á sombreros,—dicen los parisienses, nuestros modelos en la materia,—no se puede designar género esclusivo: cada muger debe subordinar la eleccion á las cualidades de su rostro: por eso se ve entre ellos, segun afirman, tan prodigiosa variedad de sombreros, que los cronistas de la moda andan perdidos y vueltos locos sin saber encontrar la genealogia ni las relaciones de parentesco en esta vasta familia. Sin embargo, en los adornos de la estacion no puede menos de haber, y hay en efecto, cierta novedad que les da un carácter de *á propos*: una de las originalidades reconocidas al efecto como de mejor gusto, es un pañolito que cubre la copa, bajo el cual medio se ocultan algunos grupos de preciosas flores.

Estos pañolitos sobre la paja de arroz, con barbas de blonda y grupos de rosas blancas ó del color de su nombre, pasan entre las parisienses como el adorno de mejor gusto que puede imaginarse. Sobre la paja de Italia ó la paja fina de Suiza, tambien se colocan ramilletes de botones de oro con un follage de paja de muchos colores; y esto constituye en sentir de las inteligentes, un adorno muy elegante, y sobre todo, muy distinguido.

Conócense además de estas, las capotas de paja calada ó bordadas en paja, forradas en tafetán de lieros mates y adornadas por ambos lados con flores ó con esas preciosas cintas que imitan la blonda, el encaje y el bordado; y tambien las capotas de tul rizado con flores, plumas, marabuts ó blonda: las pajas de capricho con calados ó de muchos colores; y en fin, todo cuanto tiende á proclamar el principio de que la caprichosa arbitrariedad es la reina del dia, y de que todo lo que gobierna actualmente es en calidad de interino, á condicion de encontrar algo de nuevo ó imprevisto.

Pasemos de los sombreros al exámen de las telas. El *poplin* de Irlanda es en París sumamente á propósito, dicen nuestros cofrades, para el tiempo incierto y desigual que nos envia la primavera. En Madrid, el tiempo se ha declarado ya tan cierto, que no nos parece necesario vivir prevenidos contra sus inclemencias; allí sin embargo, volvemos á repetirlo, se llevan mucho los *poplines* escoceses de colores vivos, en que domina siempre el *verde de Isly*. Tambien gozan de mucho favor el amaranto y el blanco sobre fondo gris-perla. El *poplin* forma unos pliegues anchos que deben gustar mucho á los pintores, y que favorecen en extremo á algunos cuerpos.

Las damas elegantes que han abandonado los *poplines* y los tafetanes *glacé*, llevan tafetanes chiuoscos con flores y dibujos hechos á propósito; *bareges* de lana y seda, granadinas y muselinas de algodón; la variedad en los colores y en los dibujos es tal, que se necesitaria un volumen entero para dar razon de ella á nuestras lectoras.

Para trage de campo se prefieren los cutis de lana chiuoscos y hechos á propósito, rayados por delante, y tambien los de algodón, y los piqués de fondo blanco con florecitas.

Los vestidos que se hacen de estas telas, deben llevar necesariamente una chaqueta ó manteleta igual. Unos tienen la hechura de una vestidura turca, cortada por ambos lados; otros tienen cuerpo de basquiña, pero no son tan ajustados.

Las manteletas preferidas por las elegantes parisienses son de colores claros, enteramente bordadas al pasado y guarnecidas con dobles encajes.

En los últimos dias de frio, que en París no han estado muy distantes de la época presente, se han llevado muchos pañuelos y chales de cachemira de la India, bordada de lana y oro. Los chales han vuelto á ponerse muy en boga, sobre todo entre las jóvenes solteras.

La hechura de los vestidos se distingue especialmente, porque llevan muchos *dedillos*, guarnecidos ó

lisos. Gástanse los cuerpos abiertos en forma de corazon hasta la cintura, sin otras mangas que las que hasta ahora se han llevado, abiertas por abajo y muy cortas, aun para las *toilettes* de menos pretensiones. La única diferencia establecida en este punto es que á las mangas elegantes se añaden manguitas de encaje, tambien abiertas; y que en los trages de *negligé* no se llevan sino buches de chaconada ó batista, con vuelos vueltos hacia arriba ó simplemente bordados.

Para que pueda estudiarse la moda en su conjunto, el periódico francés de que tomamos las principales noticias de este artículo, nos ofrece dos grabados, de los cuales el primero se compone de un vestido de *barege* azul, con volantes hechos á propósito; un canesú de muselina bordada á tiras, mangas bordadas y guarnecidas con dos volantes tambien bordados. El segundo lleva un sombrero de paja de arroz, cortado por detrás en forma de pañuelo, guarnecido con una blonda que cae sobre el *bavolet*. En cada ala hay un ramillete de botones de seda que se destaca sobre un fondo de hojas bronceadas. El vestido es de tafetan gris cerrado por delante con nudos; y la manteleta del mismo tafetan con dos guarniciones de encaje negro.

Las noticias que el mismo periódico nos trae acerca de las modas de hombre, están tan poco conformes con las adoptadas por los elegantes de Madrid, que nos parece lo mejor de todo omitirlas, fuera de que el con-sabido periódico se estiene mucho en describir el traje á propósito *pour la campagne*, y este es un trabajo escusado tratándose del campo de Madrid, para cuyas exigencias nos parecerian mas que suficientes una blusa de mayoral y un sombrero de paja de dos reales.

Nos pasaremos sin embargo en silencio que entre las extravagancias que atribuye dicho artículo á los elegantes de París se cuenta un baston, que si bien no cabe en el bolsillo, no alcanza desde la mano al suelo sino con extraordinario esfuerzo. Nos complacemos en que no se vean entre nosotros tan ridículas escencias.

JOSE MARIA VELASCO.

## SEMÍRAMIS Y SARDANÁPALO.

### CONTRASTE HISTÓRICO.

Muy notable es por cierto el contraste que ofrece la historia antigua en los reinados de Semíramis y Sardanápalo: de esa reina-hombre, de ese rey-muger, cuyos célebres nombres, glorioso el de aquella y abominable el de éste, han pasado á la posteridad como monumentos que sirven á trazar la conducta de los príncipes, y de lección á los pueblos, despertando en ellos nobles ideas de progreso y regeneración.

Semíramis, natural de Ascalon, en la Siria, aunque de humilde prosapia, por su hermosura y talentos mereció distinciones particulares en el dilatado número de sus adoradores, y obtuvo, por fin, la mano de uno de los primeros gefes del ejército de Nino. Este príncipe ambicioso, queriendo estender su imperio hasta la Bactriana en la campaña en que conquistó desde el Egipto hasta el Indo, dispuso sus huestes y se acercó á Bactria, que era la capital, poniéndole rigoroso sitio. Parece, sin embargo, que los resultados no correspondían á sus esperanzas... é indudablemente hubieran quedado frustradas, si Semíramis no le hubiese dado el plan que concibió para apoderarse de la ciudadela, único baluarte que dificultaba y aun hacia irrealizables sus proyectos. Efectivamente, Nino puso en ejecución cuanto le ordenó su generala, y al instante fué hecho dueño de la fortaleza y por consiguiente de la población.

Un hecho de tanta importancia como este, no pudo menos de excitar en el vencedor afecciones particulares de reconocimiento y gratitud; pero con el tiempo su galantería traspasó sus límites é hizo que el afecto puro y noble se trocára en violenta pasión de amor que se propuso satisfacer á despecho de la razón y aun á costa del fiel súbdito que tuvo la desgracia de casar con la que el cielo había destinado para esposa de su rey. El marido de Semíramis, que comprendió desde luego la fuerza de su adverso destino, empezó por dejarse dominar de una desconfianza funesta, de un temor que amalgamado por los celos, le hacia sentir una desesperación profunda... y acabó por que las amenazas y el duro trato de su incontrastable rival le sugirieran la miserable idea de un suicidio que puso luego en ejecución.

Semíramis, pues, casó con Nino: de su enlace tuvo á Ninias; y por óbito de aquel, quedó tutora de su hijo, y reconocida por reina de la Asiria. En este estado, deseando immortalizar su nombre y cubrir lo bajo de su nacimiento con lo grande de sus empresas, acometió la de reedificar la ciudad de Babilonia, cuya fundación se atribuye á Nembrot, nieto de Cam, y por consiguiente biznieto de Noé, en el año 4774 del mundo, ó sea el 4500 después del diluvio. Al efecto, empleó á un millón de hombres que hizo reunir de los diferentes pueblos que gobernaba; y aunque después sus sucesores, mirándola como una maravilla, procuraron ornarla y enriquecerla, esto no pudo ser en gran manera, porque una obra tan acabada como la Babilonia de Semíramis ya no permitía sino ligeros toques. Así lo tenemos recibido; y para que se adquiriera una idea aproximada del genio creador de nuestra heroína, hé aquí una breve reseña de las construcciones mas notables de aquella ciudad.

Babilonia se hallaba situada en una vasta llanura, cuyo terreno era muy fértil. Sus incomparables muros fueron la primera de las obras que le dieron imperecedera fama. Tenian cincuenta codos de anchura sobre doscientos de altitud, y una circunferencia de veinte y cuatro leguas. Formaban un cuadro perfecto; y estaban contruidos de ladrillos anchos trabados con una especie de argamasa que redobla por su particular viscosidad la mucha consistencia que ellos tenían. Cada lado de este cuadro tenia veinte y cuatro puertas de bronce macizo; viniendo en confirmacion de esta verdad aquellas palabras del mismo Dios á Ciro, cuando le ordenó la conquista de Babilonia: *yo marcharé delante de ti, y romperé las puertas de bronce*. Entre estas y en cada uno de los ángulos del cuadro, habia diferentes torres diez pies mas altas que los muros. Cada una de las calles, que tenían origen en las mencionadas puertas, atravesaban rectamente la ciudad hasta hallar término en la muralla; de modo que tenia Babilonia cincuenta calles principales que se cortaban entre si en ángulos agudos. Las fachadas estaban lujosa y simétricamente adornadas, y entre casa y casa habia un espacio de consideracion, poblado de diferentes plantas que en la época de sus flores y frutos presentaban la perspectiva mas risueña que puede concebirse: eran pequeños jardines que embelesaban la vista... que aromatizaban el ambiente... que arrancaban los pesares mas hondos del corazon. Un brazo del rio Eufrates cruzaba la ciudad de Norte á Mediodia por entre dos muros, del mismo ancho y materiales que los que la rodeaban exteriormente. Al principio se pasaba este rio por medio de barcas; mas despues se construyó un magnifico puente de ciento y cuatro toesas de longitud sobre treinta pies de lalitud, siendo sus arcos de enormes piedras enlazadas, aseguradas con barrotes de hierro emplomados, y habiéndose abierto un lago ó estanque en la parte occidental de la poblacion de veinte y una leguas en cuadro y setenta y cinco pies de profundidad, para que acogidos allí las aguas del rio, permitiesen trabajar cómodamente á los operarios. En los extremos del puente se levantaban dos hermosos palacios puestos en comunicacion por una galeria que se abrió por debajo del rio cuando estaba seco. El palacio que miraba á Oriente, fué la primitiva habitacion de los reyes, y tenia legua y media de circunferencia; el de la orilla opuesta tenia tres leguas de circuito y estaba cercado de una triple muralla en cuyos intermedios se habian colocado con el mejor gusto gigantescas obras de escultura, entre las cuales llamaba muy particularmente la atencion una caceria en que se representaba á Semíramis, montada á caballo, disparando un dardo á una pantera; y á Nino, su esposo, hiriendo á un leon. En este último palacio se hallaban esos jardines suspendidos que tanto celebraron los griegos. Cada uno de ellos presentaba un cuadro de cuatrocientos pies, y todos se levantaban formando en su conjunto una especie de anfiteatro, cuya altura se nivelaba con los muros exteriores de la ciudad. De un jardín á otro se pasaba por una escalera de diez pies de anchura, y todos descansaban sobre diferentes arcos diversamente sobrepuestos y reforzados por una muralla de la anchura de veinte y dos pies. Los espacios comprendidos entre los arcos eran diferentes salas, todas grandes, todas magnificas por sus adornos y por su construccion. El piso de los jardines consistia: primeramente en un empedrado de losas de diez y seis piás cúbicos, basado en los arcos referidos: sobre ellas habia dos órdenes de ladrillos trabados fuertemente con betun; y los cubria una capa de plomo sobre la cual descansaba ya la tierra, plantada de cuantas clases de vegetales permitia arraigar la temperatura de aquel benigno clima; por lo que puede juzgarse de la variedad y hermosura de las flores y frutos que en sus correspondientes épocas habia.

Otra de las obras de primer orden, quizás la que atrajo mas celebridad á Babilonia, era el templo de Belo, siendo de admirar una torre cuadrada de prodigiosa altura que se levantaba en el centro del edificio, y que parece ser la llamada de Babel: esa torre, sobre cuya cúspide habian de descansar los cielos, segun la expresion é idea de sus constructores, cuya soberbia quiso castigar el Señor con la confusion de lenguas de que nos habla la Sagrada Escritura: lo que dió origen á la dispersion de los babilonios sobre diferentes puntos de la tierra, y término á la obra mas colosal que hubiera tenido el mundo. En esta torre habia un precioso observatorio astronómico, lo que hizo que los caldeos adelantaran tanto en las investigaciones del firmamento, é inventaran la astrologia judiciaria ó la ciencia de averiguar el porvenir por el examen de los astros. Aunque estaba destinada principalmente al culto de Belo ó Baal, en ella habia diferentes capillas donde tambien se idolatraban otros dioses. Las riquezas de este suntuoso templo en estatuas, mesas, incensarios y vasos para el culto, eran inmensas, porque todo era de oro macizo; pero habia sobre todo, una estatua de 40 pies de alta, que pesaba mil talentos babilonios. Diodoro, computando el valor de estas preciosidades, le hacia subir al de 441.000.000 de reales de plata antigua. Este templo aun subsistia en tiempo de Jerjes; mas á la vuelta de su expedicion contra la Grecia, le hizo demoler, despues de haber sacado las riquezas que en él habia; y aunque Alejandro quiso reedificarle cuando volvió de las Indias á Babilonia, habiendo llegado ya á emplear mas de diez mil hombres en la retiracion de los escombros no tuvo cumplido éxito su empresa, por acaecer su muerte dos meses despues. Hasta aqui la breve reseña monumental de Babilonia para poder

prejuizar de Semíramis, de ese genio elevado de su sexo que supo inaugurar con obra tan grandiosa la carrera admirable de su reinado.—Volvamos á su historia.

Esa princesa, acabadas las obras de Babilonia, salió á recorrer su imperio para ver por si misma las necesidades de sus vasallos; y fundó templos, abrió canales, construyó caminos é hizo una infinidad de obras en utilidad reconocida de sus pueblos, adquiriéndose por esto y por la proteccion que dispensaba á todas las clases, el prestigio que la hacia tan poderosa, y la gratitud que por do quier le iba erigiendo monumentos de gloria que han trasmitido hasta nosotros su esplendoroso nombre. Para dar una idea de la autoridad que Semiramis tenia sobre sus pueblos, se cita un hecho, digno por cierto de ser imitado por los reyes. Cuéntase que se hallaba un dia en el tocador, y justamente en el mayor desaliño, cuando le fué dada la noticia de que andaba por las calles un tumulto, poniendo en alarma toda la ciudad: marcha al instante y sin acompañamiento... y solo su presencia bastó á disipar el motin; por lo que le erigieron una estatua que la representaba en el mismo estado en que se hallaba en el tocador y se presentó á su pueblo.

Cuando ya estaba en un estado floreciente su reino, no contenta con solo su dominio, pensó pasar y pasó á conquistar una gran parte de Ethiopia; y queriendo saber allí cuando moriria, fué á visitar el templo de Júpiter Ammon para consultar sobre ello al oráculo. Este le respondió: «Que no temiera por su vida, mientras no conspirase contra ella su hijo Ninias; y le añadió: que despues de su muerte, una parte del Asia le tributaria divinos cultos.» Entonces, como no debiera recelar aun de su hijo, y no estuviese satisfecha su sed de gloria; se dispuso para nuevas conquistas que llevó á cabo, siguiéndole por todas partes la victoria.

Su última y mas grande expedicion fué contra las Indias. Para emprenderla reunió tres millones de infantes y quinientos mil caballos, sin contar un gran número de camellos y carros, con orden de que la esperasen en Bactria: y como las fuerzas de los indios consistian principalmente en el gran número de elefantes que tenían, ella hizo enjaezar y disponer sus camellos como lo estaban los elefantes, creyendo engañar de este modo á sus enemigos, como pensó é hizo mucho tiempo despues Perseo contra los romanos; pero ni éste ni Semíramis vieron cumplirse las halagüeñas esperanzas que les hiciera concebir semejante estratagema. El rey de los indios, con la noticia que tuvo de que iba contra sus estados la insigne capitana, se anticipó á mandarle embajadores que le preguntasen: «Quién era, y con qué derecho pensaba justificar la invasion que se proponia: advirtiéndole, que si no retiraba desde luego su proyecto, debería castigar de un modo inaudito su bárbara pretension.—Respondió á vuestro amo, dijo Semíramis, que en breve sabrá de mí propia quién soy;» y sin mas dilaciones avanzó hacia el rio que da su nombre á aquella tierra. Ella habia preparado suficiente número de barcas para trasladar sus tropas; pero los indios le disputaron con ardor el paso, que no pudieron conseguir sino despues de una retirada que hicieron estos, con pérdida de unas mil barcas y mas de cien mil hombres que se dejaron prisioneros.

Entusiasmada Semíramis con estos laureles, marchó de frente sobre el pais enemigo, dejando sesenta mil hombres para guardar un puente que habia hecho construir sobre el mismo rio: pero repuesto el ejército de los indios, no rehusó el combate á que se le provocaba, y se travó desde luego, si bien con notable desventaja por parte de la poco antes vencedora; pues los camello-elefantes no pudieron sostener la terrible carga de los elefantes verdaderos, y estos solos bastaron á desordenar las huestes asirias, obligándolas á reparar con precipitacion el Indo, y con una pérdida considerable, saliendo tambien herida la valerosa adalid, que luego hizo cortar el puente para quedar á salvo de sus perseguidores. No solo por esto, sino tambien porque los indios llevaban orden de su rey para no pasar el puente, con lo que obedecia un mandato espreso del oráculo, allí tuvo fin la expedicion de Semíramis, que no considerando conveniente el insistir en su primitiva idea, se retiró á Bactria, donde hizo el cange de los prisioneros, y volvió luego á sus estados, siendo ella, y despues Alejandro, los únicos que se atrevieron á pasar con sus ejércitos el rio Indo. Despues de algun tiempo, y cuando Semíramis contaba ya sesenta y dos años de edad, y cuarenta y dos de reinado, tuvo noticia de que su hijo conspiraba contra su reino, y acordándose entonces del oráculo de Júpiter Ammon, renunció voluntariamente el imperio, y entregándole á Ninias, se retiró á la vida solitaria, con la dulce esperanza de que presto gozaria de los honores divinos, como tambien se lo habia pronosticado el oráculo. Así sucedió en efecto; sus dias no fueron largos, y los asirios la veneraron como deidad bajo la figura de una paloma.

Unos ejércitos tan numerosos y unas acciones tan heroicas; unas obras tan magnificas y costosas, y unos tesoros tan grandes como los que quedan referidos del reinado glorioso de Semíramis, bien merecen cotejarse con las proezas del insigne Sardanápalo.

Este rey, llamado tambien Sardan-phul, segun la costumbre de los orientales, aventajó á todos sus antecesores y sucesores en vana profusion, en criminal desidia, en ominosa cobardia. Encerrado en su palacio, pasaba la vida en medio de una tropa de mugeres bailando, vistiéndose y adornándose como ellas. Toda su gloria, toda su felicidad la hacia consistir en la posesion de las riquezas, como medio de proporcionarse

todo género de placeres livianos; de aquí el mandar que en su sepulcro se inscribiesen, después de su muerte, estos dos versos latinos que simbolizan tan degradante idea.

*Hæc habeo quæ edi, quæque exaurata libido  
Hausit; at illa jacent multa, et præclara relieta.*

Arbaces, gobernador de la Media, no pudiendo sufrir que tantos hombres de valor y otras virtudes, como había en el imperio, rindiesen vasallage á un rey, tan afeminado y licencioso como Sardanápalo, promovió una conspiración en que tomó parte Belesis, gobernador de Babilonia, con todos los personajes de mas valia. Sardanápalo, al saber que su vida peligraba, se ocultó en un subterráneo de su palacio; pero el empeño de los sublevados le obligó á que tomase otro partido, y tuvo que salir á campaña con un número muy corto de soldados que sostenían su causa. Batidos estos y su príncipe, fueron á refugiarse á la ciudad de Nínive, donde Sardanápalo se encerró con la esperanza de que esta plaza nunca sería tomada por sus enemigos; no solo porque estaba muy bien fortificada y provista de víveres para mucho tiempo, sino tambien porque sabia que un antiguo oráculo había predicho, y era tradición recibida entre aquellos pueblos, que mientras Nínive no tuviese por su enemigo al Tigris, no debía pasar cuidado; pues por ningún otro enemigo podría ser nunca rendida. Así fué en efecto: aunque el sitio duró mucho, Arbaces y Belesis no pudieron adelantar nada en su plan; mas el destino de Nínive se había escrito... y no tardó ya el día señalado á su cumplimiento. El Ti-

gris salió de madre, la violencia de sus aguas había empezado por desbaratar la muralla... y Sardanápalo que ya en ella miraba una brecha de mas de una legua por donde seguramente habían de venir después sus enemigos, queriendo tener una muerte, en su concepto gloriosa, preparó una hoguera... y á ella se arrojó con sus mugeres, sus eunucos y sus tesoros; sus tesoros que según Atheneo, ascendían á mil miriadas de talentos de oro; cantidad asombrosa por cierto; pues *miriada* significa diez mil, y cada miriada de oro tenía el valor de 60 millones de reales de plata antigua.

Entre ahora la razón á hacer el cotejo entre los reinados de Semiramis y Sardanápalo. Semiramis se hace superior á su sexo, da planes de batalla, entra á gobernar un imperio; construye ciudades, equipa flotas, y abre canales y caminos para la felicidad pública, arma legiones, subyuga otros pueblos, penetra en la Arabia y en la Ethiopia, llega con sus armas victoriosas hasta los confines del Asia, hace, en fin, su nombre memorable, y bajó á la tumba con la satisfacción de saber que en la tierra le iban á ser tributados los cultos de una deidad. Sardanápalo, ¡contraste horrible! haciéndose inferior á su sexo, pasa su vida en el fondo de un serrallo y en la crápula de la sensualidad: no conquista mas que tesoros y placeres; abandona á sus vasallos... huye cobarde... y cuando no halla medio de prolongar sus días, piensa reparar su descrédito con la desesperada acción de arrojarse al fuego. A Semiramis le fueron levantados templos y estatuas que preconizaban su valor, sus incomparables virtudes. A Sardanápalo tan solo le fué erigida una estatua después de su muerte, para eterno baldon de su memoria. Le representaban

en la actitud de un bailarín; y en su pedestal se leía esta notable inscripción:

«Come, bebe y diviértete bien;  
que todo lo demás es nada.»

ANTONIO GASCON SORIANO.

**CEREBRO DEL HOMBRE COMPARADO CON EL DE OTROS ANIMALES.**—La opinión de los antiguos naturalistas, tales como Aristóteles, era que el hombre tenía absoluta y relativamente hablando, un cerebro mas considerable que el de ningún otro animal. Semejante opinión es errónea. El elefante tiene un peso absoluto de cerebro mas considerable, y muchos animales, tales como ciertas aves, algunos monos, roedores etc., tienen en proporción á su estatura un cerebro mas voluminoso que el nuestro. Solamente en la estructura del cerebro humano, en sus relaciones con los nervios y en la organización de estos últimos, es donde es preciso buscar la esplicación material de la superioridad de inteligencia que caracteriza nuestra especie relativamente á las demás especies de animales.

*Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.*

Mala la hubiste francés  
la caza de Roncesvalles.  
en ella murió Roldan  
con todos sus doce pares.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.

## ANUNCIOS.

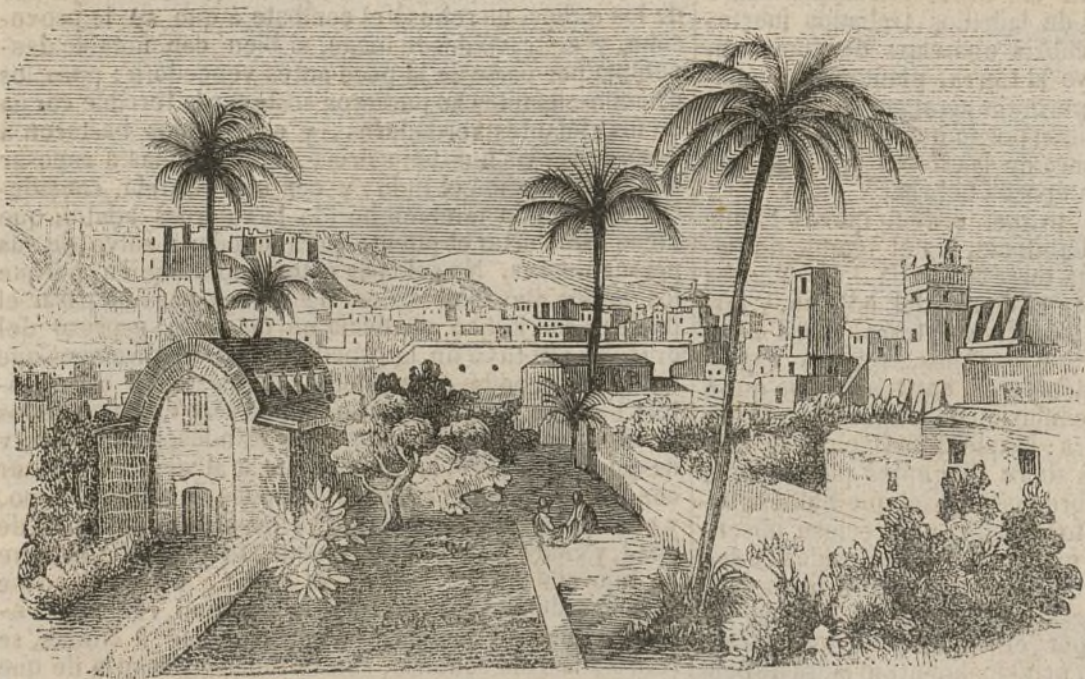
### GUIA DEL VIAGERO EN ESPAÑA,

POR

DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

CUARTA EDICION.

Comprende una reseña topográfica, histórica, estadística y administrativa del reino; noticia de las ferias y días en que se celebran, baños y aguas minerales; monedas, pesos y medidas comparadas las de España entre sí y luego con las extranjeras; correos, postas, diligencias y mensajerías; pasaportes, alojamientos y géneros cuya introducción está prohibida por los aranceles vigentes; descripción de Madrid y de los



Vista de Almería.

principales caminos, pueblos por donde pasan, ventas, ríos, puentes, acueductos, ermitas, puertos, montañas, valles y despoblados con expresión de las distancias de un pueblo á otro y de los principales puntos á la corte, noticia de las nuevas carreteras proyectadas ó en ejecución, estado de los trabajos, su objeto y utilidad, con un índice de materias y otro de los pueblos descritos, por orden rigoroso de alfabeto. Un tomo en 8.º de mas de 600 páginas, edición esmerada con 20 grabados aparte del texto.

SE VENDE

en Madrid á 20 rs. encartonada á la inglesa, y 24 á la holandesa fina, en el Gabinete literario, calle del Príncipe número 23; en la librería de Monier, carrera de San Gerónimo; en la Publicidad, calle del Correo, y en las administraciones de diligencias y carruages. En provincia, en casa de todos los corresponsales del establecimiento de Mellado, y en los despachos de diligencias y carruages.

## AÑO CRISTIANO,

EL MAS COMPLETO Y BARATO DE CUANTOS SE HAN PUBLICADO.

CON LICENCIA Y APROBACION DEL ORDINARIO.

Esta obra se recomienda por sí sola: nadie desconoce su utilidad, la que unida á la extraordinaria baratura con que la publican sus editores no dudamos que tendrá el éxito que se merece y desean aquellos. La lámina que acompaña á este anuncio es una muestra de las muchas que irán intercaladas en el texto de la obra. Las bases de esta interesante publicación son las siguientes:



San Cayetano fundador

La obra constará de 18 tomos en 4.º Los doce primeros, correspondientes á los doce meses del año, irán adornados con 365 hermosas láminas, grabadas en madera por uno de los mejores artistas de la Corte, representando cada una el santo respectivo de cada día, y siendo iguales tambien á la que va de muestra en este anuncio; y los seis últimos correspondientes á las Dominicas.

El precio de suscripción, será para Madrid de 6 rs. tomo y 7 en provincia, que cada suscriptor depositará en el acto de suscribirse, dejando siempre adelantado el importe de un tomo.

Se publicará el primero por todo el presente mes, y se dará indefectiblemente uno cada mes hasta la conclusión de la obra.

Se suscribe en Madrid, en la Publicidad, calle del Correo, núm. 2; librería de don Leocadio Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Monier, Carrera de San Gerónimo, y Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 41.